



HENRY KEYSTONE

El muro



Título del original, en inglés:
THE WALL

DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN, Madrid, 1963
PRINTED IN SPAIN



AMARO GARCÍA, 17. Tel. 239 20 07 *
MADRID-5

N.º Rgto. 6.731.—1962
DEPÓSITO LEGAL: M. 348.—1963

JOSÉ RUIZ ALONSO - Impresor - Quiñones, 2 - Tel. 224 86 51 - Madrid

I

LA tormenta se aproximaba procedente del Este y espesos nubarrones ennegrecían el cielo de aquel atardecer de verano en Berlín. Una ráfaga de húmedo viento arrastró una arrugada hoja de periódico por el verde césped.

El hombre que se hallaba en el estrecho sendero de arena siguió con la mirada las extrañas evoluciones del papel. Le recordaban el torpe vuelo de un pájaro recién salido del nido. Se remontaba a poca altura, giraba sobre sí mismo como si deseara alcanzar las copas de los árboles y después, bruscamente, se precipitaba contra el suelo para volver a remontarse cuando el viento cálido y cargado de pegajosa humedad volvía a apoderarse de él.

Al pensar en los pájaros, el hombre recordó las colinas de Vermont, en los Estados Unidos. Él había nacido allí, treinta y cuatro años antes, en un valle entre montañas cubiertas de arces.

Su profesión le había llevado hasta la antigua capital del III Reich. Se llamaba Edwin Tucker y era agente especial del F. B. I., perteneciente al Departamento Central de Washington.

Se hallaba en el bosque de Tegel, en el Berlín Oeste, dispuesto a cruzar la línea divisoria para emprender una importante misión del F. B. I.

Dio un par de pasos y se detuvo delante del gran cartel de madera colocado sobre la verde hierba del bosque. Por segunda vez leyó el inquietante aviso escrito con grandes letras blancas sobre el fondo negro.

«INTER DIESEM PUNKT BEGINT DTE JIÜSSISCHE
ZONE».

«BEYOND THIS POINT IS THE RUSSIAN ZONE».
«DETRÁS DE ESTE PUNTO EMPIEZA LA ZONA
RUSA».

La advertencia también estaba escrita en ruso y Edwin no tuvo ninguna dificultad en comprenderla, ya que hablaba perfectamente alemán, ruso, francés y como era natural, inglés.

Consultó la hora en su reloj, encendió un cigarrillo y después contempló las oscuras nubes que se amontonaban. Faltaba aún una hora para que acudiese a la cita que tenía con un hombre en la Stalinallee, en el Berlín Occidental. Mientras fumaba pensaba en los extraños acontecimientos que habían ocurrido en los Estados Unidos y que habían motivado su viaje hasta la ciudad que había sido la capital del III Reich. El primero había ocurrido en la base de cohetes de Vanderberg, California, un mes antes. El segundo ocurrió en el Central Park de Nueva York, unas horas después de efectuarse el primero. El tercer hecho se desarrolló en los muelles de Miami, Florida. A pesar de la distancia entre las tres ciudades y de la enorme diferencia de rangos sociales de los personajes que habían tomado parte en los tres acontecimientos, todos estaban estrechamente relacionados entre sí.

Edwin Tucker arrojó el cigarrillo y lo aplastó con la punta del zapato. Sacó otro del arrugado paquete pero no lo encendió; con él entre los dedos lanzó una mirada a su alrededor y al observar que el bosque estaba completamente desierto, se sintió más tranquilo.

No le interesaba tropezar con una patrulla del Ejército Rojo ni con una pareja de agentes de la «Volkspolizei» del Berlín Este. Tenía que pasar completamente desapercibido si quería tener éxito en su misión.

Volvió a consultar el reloj y durante unos instantes creyó que se había parado. El tiempo pasaba muy lentamente para él y nuevamente, para que la espera no le resultase tan larga, encendió el cigarrillo que sostenía entre los dedos y se dedicó a recordar con todo detalle los tres hechos que habían ocurrido en los Estados Unidos.

Necesitaba hacerlo porque las cosas estaban muy confusas. Conocía perfectamente todos los datos y adivinaba el resto, pero la solución completa no llegaría a conocerla hasta que hablase con el hombre que le esperaba en la Stalinallee una hora más tarde.

Las nubes continuaban amontonándose en el cielo como enormes masas de algodón gris, sucio y con aspecto de contener en su interior una furiosa tormenta veraniega, con mucha agua y acompañamiento de truenos y relámpagos.

Edwin empezó por recordar el tercer hecho; el ocurrido en los muelles de Miami. Al hacerlo, suplió con su imaginación, los detalles que ignoraba.

«Sink» era una rata de muelle. Cojo, maltrecho y siempre recubierto de harapos. Era una figura muy conocida en los bajos fondos de Miami y también de la Policía.

Vivía de los alimentos que le entregaban los cocineros de los barcos y dormía donde podía, generalmente en los portales ya que sentía verdadero horror a las casas de beneficencia.

Allí le obligaban a lavarse y esto era algo superior a sus fuerzas. La barba, el pelo largo, canoso; la suciedad y los harapos eran su mejor tarjeta de presentación para pedir caridad.

«Sink» no tenía otro nombre, incluso en los ficheros de la Policía constaba solamente aquel apodo. Seguramente sus padres le habían dado un nombre completo, pero él no lo recordaba.

Hacía muchos años, al subir a un barco en busca de las sobras de la comida de los marineros, un cocinero le dijo:

—Amigo, como no hagas algo para enmendarte te vas a ir a pique con más rapidez que un lanchón podrido.

El sucio hombrecillo cojo se quedó con el nombre de «Sink», cosa que no pareció causarle mucho disgusto. Siempre es mejor tener un nombre, aunque sea un ápodo, a no tener ninguno. «Sink»[1] empezaron a llamarle todos sus compañeros de desgracia.

Aquella noche de junio, «Sink» se hallaba dedicado a su trabajo favorito; husmear entre los desperdicios tirados sobre el muelle número tres.

La noche era oscura y una espesa niebla se había levantado envolviendo los barcos y las lanchas. El suelo de cemento estaba resbaladizo y el aire era húmedo.

Esto no preocupaba a «Sink» que había conocido climas de todas clases. Había descubierto unas viejas botas de marinero entre un montón de basura arrojada desde la cubierta del «Starry», un viejo buque inglés que hacía la travesía entre Miami y Londres.

—Espero que me vayan bien. En la época de los tornados me

irán perfectamente —murmuró mientras se sentaba en el suelo y procedía a quitarse los restos de los zapatos que llevaba en los pies.

Por la escalerilla del «Starry» descendió un hombre de estatura mediana, cabello negro, rizado y llevando un saco de pequeño tamaño sobre el hombro.

—El último descargador —continuó murmurando el rata de muelle—... seguramente será algún tipo que quiere hacerse rico trabajando.

Reconoció al descargador cuando pasó por su lado y sonrió burlonamente. Se trataba de un italiano que había emigrado a los Estados Unidos para hacer fortuna y solamente había logrado trabajar como un negro, vivir en una asquerosa pocilga y pagar una cuota elevada a la «Mafia».

«Sink» acentuó su sonrisa al oír la feroz maldición que dejó escapar el italiano al resbalar y estar a punto de caerse sobre el suelo de cemento.

El raído hombrecillo había logrado colocarse las botas de marinero y esto le producía una gran alegría. Se levantó para dar unos pasos para saber si le iban bien. Su pierna derecha cojeaba aún más, pero esto no parecía preocuparle.

Después de comprobar que las botas encontradas le iban perfectamente volvió a sentarse junto al montón de inmundicias y buscando en su bolsa sacó un trozo de pan y una lata de carne.

La niebla había empezado a disiparse cuando «Sink» empezó a comer con apetito. El día había sido bueno; tenía comida, un par de dólares y como fin de jornada había hallado las botas.

—Dormiré junto al tinglado número cuatro. Allí no hay vigilantes y nadie me molestará —se dijo mentalmente mientras contemplaba la borrosa silueta del italiano que se alejaba andando rápidamente.

Después fijó su atención en un buque danés que había atracado una hora antes y en las grúas que empezaban a chirriar fuertemente para proceder a su descarga.

Antes de que el italiano abandonase el muelle número tres, el ruido producido por el motor de un coche llegó hasta los oídos de «Sink». No le causó extrañeza porque pensó que se trataría de alguna visita para el capitán del buque danés.

El automóvil, un potente «Plymouth», entró en el muelle

rodando a muy poca velocidad. Se detuvo silenciosamente cuando llegó a la altura de la proa del buque inglés, el viejo «Starry», y dos hombres descendieron de su interior, dejando las portezuelas abiertas.

Ambos vestían trajes claros, camisas oscuras y llevaban las cabezas cubiertas con sombreros blancos, con el ala muy caída sobre los ojos. Habían dejado los faros encendidos y los haces de luz iluminaban claramente la silueta de «Sink».

Los dos hombres que habían descendido del «Plymouth» lo contemplaron, como si sintiesen un gran interés por el andrajoso hombrecillo.

—Es el que buscamos —dijo uno de ellos.

—Los informes que nos han dado eran ciertos —contestó el otro mirando a su alrededor.

El muelle estaba completamente desierto. El italiano había desaparecido; los hombres que descargaban el buque danés se hallaban en las bodegas y en el interior de los tinglados. Solamente «Sink» y los dos hombres del «Plymouth» estaban sobre el húmedo cemento.

El mendigo cojo se removió inquieto. Le molestaba la luz de los faros y entornó sus pequeños ojos mientras lanzaba una maldición. Nunca le había gustado la luz porque se movía mejor en la oscuridad.

Se levantó y cogió el grueso bastón que le servía para apoyarse y al mismo tiempo para defenderse. «Sink», como todos los hombres que tenían relaciones con los bajos fondos, no carecía de enemigos... y no le gustaba el aspecto de aquel par de hombres que continuaban al lado del automóvil.

—Apaga las luces —ordenó el más alto.

«Sink» apoyó la espalda en una de las paredes del tinglado y se dispuso a rechazar el ataque. Aquellos dos hombres podían ser miembros de alguna banda que no deseóse tener testigos en el muelle.

«Sink» sabía muchas cosas, incluso demasiadas y en diversas ocasiones había logrado obtener muy buenos beneficios por tener la boca cerrada... pero sabía que la mejor forma de hacer callar a un hombre era alojándole un par de balazos en la cabeza y arrojando su cadáver a las aguas del puerto.

El más alto de los dos hombres continuaba andando, sin apartar los ojos de la astrosa figura de «Sink». Éste se estremeció al ver aparecer una negra pistola de gran calibre en la mano de aquel hombre, al cual no había visto nunca.

—¿Qué andáis buscando? —preguntó cuando el hombre se detuvo delante de él, encañonándolo con el arma.

—A ti —respondió solamente el otro.

«Sink» se movió ligeramente para poder manejar mejor el bastón mientras pensaba que aquel hombre era un frío asesino, dispuesto a matar y a golpear hasta que su rostro quedase convertido en una masa de sangre y carne tumefacta.

Creyó encontrar un acento extranjero en su voz, pero en aquel instante se apagaron los faros del «Plymouth» y el muelle tres quedó débilmente iluminado.

Las luces del «Starry» estaban totalmente apagadas y las que brillaban en la cubierta del buque danés se hallaban demasiado lejos para iluminar claramente la escena que iba a desarrollarse sobre el húmedo y resbaladizo cemento.

El hombre que había apagado los faros salió del interior del coche llevando un paquete y una larga barra de hierro. Cuando llegó al lado de su compañero, dejó el paquete en el suelo y cogió la barra con las dos manos.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó «Sink» vigilando a sus dos enemigos.

La pregunta tuvo que hacerla gritando, ya que las grúas que estaban descargando el buque danés producían un ruido ensordecedor. No obtuvo contestación, pero el más alto de los dos hombres empezó a moverse hacia su izquierda.

«Sink» comprendió que no tenía escapatoria.

Su bastón no era suficiente para defenderse. Sabía que aquella pistola que apuntaba a su pecho podía hacer fuego sin que el disparo alarmase a nadie porque el estampido quedaría ahogado por el ruido que producían las grúas.

El hombre de la pistola dio un paso hacia adelante y «Sink» descargó el bastón con todas sus fuerzas, esperando alcanzar el brazo armado.

Falló el golpe y perdió el equilibrio. Nunca más volvió a recuperarlo. El de la pistola saltó hacia atrás y su compañero dejó

caer la barra de hierro sobre la cabeza del mendigo. Un gemido se escapó de los labios de «Sink» antes de desplomarse. El bastón se escapó de su mano.

Las grúas continuaban trabajando y el ruido iba en aumento. Por otro lado, la caída del mendigo había sido sorda y el gemido que dejó escapar, no había sido oído ni por los mismos hombres que lo habían abatido.

—¿Está muerto? —preguntó el de la pistola.

—No, ni tan sólo tiene sangre. Lo he alcanzado en la nuca —contestó el de la barra inclinándose sobre el caído.

Lo puso boca arriba mientras su compañero se dedicaba a examinar el muelle para tener la seguridad de que su ataque contra «Sink» no había tenido testigos.

—Adelante, estamos solos —dijo después de observar detenidamente el muelle.

El hombre que se había inclinado sobre el cuerpo del mendigo extendió la mano y se apoderó del paquete que había dejado caer. Rápidamente lo deshizo y aparecieron unas prendas de ropa.

Con rápidos movimientos que demostraban una larga práctica desnudó a «Sink» y empezó a vestirlo con las ropas del paquete. Incluso le cambió las botas de marinero.

—¿Listo? —preguntó el más alto.

—Sí —respondió su compañero recogiendo los harapos que habían llevado «Sink».

—¿Todo está en los bolsillos?

—Todo... podemos terminar el trabajo rápidamente.

Los dos hombres penetraron en el interior del «Plymouth». El más alto lo puso en marcha y pisó el acelerador suavemente... y el potente coche empezó a rodar lentamente.

Sobre el cemento del muelle número tres se iba a cometer un frío y calculado asesinato. No habló ningún testigo, pero si lo hubiese habido habría podido contemplar cómo el automóvil se dirigía hacia el inconsciente cuerpo de «Sink».

Si el testigo hubiese tenido unos nervios de acero y un estómago a toda prueba, hubiese podido ver cómo las ruedas de la izquierda aplastaban la cabeza del mendigo... primero la delantera y después la trasera.

Una vez cometido el asesinato, el coche se detuvo y los dos

hombres saltaron nuevamente al suelo. El más bajo continuaba llevando los arapos de «Sink». En cuanto al más alto, abrió el portaequipajes y sacó una lata de aceite.

La dejó en el suelo y la abrió mientras su cómplice envolvía la destrozada cabeza de «Sink» con los mismos harapos que había llevado en vida.

Entre los dos lo levantaron e introdujeron el cadáver en la parte posterior del coche. El más bajo se encargó de poner un par de sacos encima de las prendas que envolvían la cabeza para que no brotase la sangre.

El otro derramó el aceite sobre la mancha roja que había quedado sobre el cemento. Era aceite negro, espeso y maloliente que cubrió por completo la sangre.

Después arrojó la lata al mar y regresó al interior del coche, sin lanzar ni una sola mirada al cadáver que ocupaba la parte trasera. Su cómplice ya se hallaba en el asiento, contemplando las manchas de sangre que había en sus guantes.

Nuevamente el «Plimouth» se puso en marcha y se alejó del muelle número tres. No fue muy lejos, pasó cerca de las grúas que continuaban descargando la carga del buque danés y se detuvo en el muelle número uno.

En primer lugar descendió el más bajo de los hombres y después de examinar detenidamente los alrededores, hizo seña a su cómplice, indicándole que podía descender.

Sacaron el cadáver del interior del «Plimouth» y sin ninguna contemplación lo arrojaron a las sucias aguas. El chapoteo quedó apagado por el fuerte rechinar de una de las grúas que había sido cargada, con exceso.

En el muelle número uno la oscuridad era completa y los dos hombres no se tomaron la molestia de echar una mirada a las grías aguas.

Después de arrojar el cadáver regresaron al interior del automóvil y se alejaron. El «trabajo» había quedado liquidado y solamente tenían que deshacerse de las ropas que había llevado «Sink», cosa que pensaban hacer en un lugar más alejado y seguro.

Nadie tenía que establecer la menor relación entre el cadáver que aparecía flotando en el puerto y el andrajoso «Sink», el cojo que vivía de los desperdicios de comida que le entregaban los cocineros

de los buques.

A las cinco de la madrugada, un agente de Policía que hacía su ronda habitual por los muelles se detuvo sorprendido al ver flotar un cuerpo humano en las sucias aguas del puerto.

Creyó que estaba sufriendo una alucinación y se inclinó hacia adelante. Después de unos instantes ya no tuvo ninguna duda. El cadáver estaba allí, delante de sus ojos, moviéndose grotescamente cada vez que las tranquilas aguas eran removidas por las hélices de algún buque.

Flotaba sobre las aguas, boca abajo, muy cerca del muelle donde atracaban las gabarras dedicadas al transporte de frutas y hortalizas. No podía distinguir la cabeza y pensó que la tendría hundida en el agua.

Seguramente había quedado retenido en la cadena del ancla de una gabarra, ya que lo más lógico era que se hubiese hundido rápidamente.

El policía podía ver la espalda del cadáver y observar cómo el agua hinchaba la chaqueta. Una barcaza cruzó el puerto; sus hélices removieron las aguas llenas de desperdicios y el cadáver fue zarandeado por las pequeñas olas. El policía se dirigió a uno de los teléfonos y poco después dos coches patrulla de la Policía Metropolitana se hallaban en el muelle número uno.

Poco después llegó otro coche con un inspector y tres agentes de la Brigada de Homicidios. Se tomaron diversas fotografías y el cadáver fue extraído del agua y dejado sobre el cemento.

Un agente de policía registró las ropas y los bolsillos sacó una cartera, un pañuelo, una pequeña navaja y llaves.

—Parece que han hecho una destroza completa —comentó el Inspector abriendo la cartera.

—Tiene la cabeza completamente destrozada y también las manos. Para evitar su identificación, supongo —contestó el policía.

—... y sin embargo han dejado la cartera —comentó el inspector empezando a examinar los mojados documentos.

Dejó escapar un silbido de sorpresa y después de lanzar una mirada al cadáver ordenó.

—Llamen inmediatamente a la División Territorial del

F. B. I.,

comunicando que hemos hallado el cuerpo de Franz von Lehmann,

el hombre que desapareció de la base de Vanderberg.

La División Territorial actuó con gran rapidez y unas horas después, el inspector Newman y el agente especial Edwin Tucker llegaban a Miami procedentes de Nueva York.

El cadáver se hallaba ya extendido sobre una fría losa de mármol en el depósito. El inspector Newman, del Departamento Central, escuchó atentamente la larga explicación que le dio uno de los inspectores de la División Territorial y cuando éste terminó, se limitó a gruñir.

Algo no marchaba bien para Newman, uno de los viejos sabuesos del

F. B. I.,

y Tucker se dio cuenta de ello cuando observó que su jefe arrugaba el ceño y torcía la nariz.

—¡Hum! —exclamó Newman contemplando el cadáver.

II

EDWIN interrumpió el curso de sus pensamientos para consultar por tercera vez su reloj. Hizo un gesto de disgusto al ver que aún faltaban tres cuartos de hora para acudir a la cita de Stalinallee.

El viento continuaba jugando con el trozo de papel y una ráfaga más violenta que las anteriores lo arrastró hasta un estanque. El agente del

F. B. I.,

lo contempló mientras se iba hundiendo lentamente.

Edwin Tucker era un hombre de estatura normal, corpulento, de cabellos castaños y ojos nardos. Llevaba un traje de mala calidad color gris ceniza y no muy limpio.

Los zapatos no eran mucho mejores que el traje. La camisa azul estaba arrugada, no llevaba corbata y tenía el cuello abierto. Todas las prendas eran de la zona este, incluso la pistola que siempre llevaba había sido substituida por una «*Parabellum*» de cañón largo, de fabricación alemana.

Su aspecto resultaba completamente vulgar y nada podía identificarlo como agente especial del

F. B. I.

Cuando cruzase la línea divisoria entre las zonas, Edwin iba a penetrar en un mundo completamente distinto al suyo y era fácil que tuviese que jugar al escondite con la muerte.

En aquel mes de julio de 1961, la vieja capital del III Reich se había convertido en el punto más explosivo de todo el mundo. Dividida en cuatro zonas por el Estatuto de ocupación firmado por los aliados al fin de la guerra, Berlín era un pequeño islote independiente dentro del territorio ocupado por las fuerzas del

Ejército Rojo.

Todo el tráfico entre Berlín y el mundo occidental tenía que hacerse a través de algunos puntos celosamente guardados. Cuando en el año 1948 las autoridades soviéticas cerraron estas puertas, bloquearon completamente todos los accesos a la dividida ciudad.

Los aliados tuvieron que formar un puente aéreo para poder alimentar a los habitantes de Berlín. El bloqueo terminó, pero la tensión no desapareció.

Aquel atardecer del mes de julio de 1961, la guerra fría entre el mundo occidental y el oriental no lo era tanto y amenazaba convertirse en un serio conflicto. La captura de un agente del

F. B. I.,

dentro del sector soviético hubiese significado un duro golpe para los Estados Unidos.

Edwin sabía que por el interior de la ciudad corría la línea fronteriza más complicada de toda la tierra. Como si la hubiese trazado un loco o un borracho, zigzagueaba por corrales, jardines, partía una calle en dos, separaba una acera de la otra o pasaba pegada a una estación de ferrocarril, dejando las vías al otro lado.

Los berlineses, en aquel atardecer de verano, se movían libremente por las cuatro zonas, usando el «metro» o el ferrocarril elevado. No se advertía ninguna separación, a no ser algunos puestos montados por los «vopos» orientales.

Particularmente el «metro» resultaba un verdadero laberinto. Había líneas que nacían en el Berlín occidental, cruzaban completamente la zona rusa y volvían al oeste. Existían otras que arrancaban del Berlín Este y cruzaban la invisible línea fronteriza decenas de veces antes de volver a su punto de partida.

En Berlín y únicamente en Berlín se podía cruzar tranquilamente el Telón de Acero, lo que transformaba a la antigua capital de Alemania en la ciudad más peligrosa, más extraña y más interesante del mundo.

Por sus calles, plazas y jardines se movían agentes secretos de todos los servicios de información. La vida de un hombre no tenía ningún valor y resultaba muy fácil morir en Berlín.

El agente del

F. B. I.

vio a una pareja de «vopos» y se alejó. Los policías orientales le

lanzaron una mirada llena de indiferencia y se perdieron entre los árboles.

Edwin tornó asiento en uno de los bancos de madera y pensó que estaba metido en un servicio bastante complicado. A pesar del tiempo transcurrido aún no sabía; ni lo sabía el

F. B. I.,

si se trataba de un caso de traición, de un rapto o de un asesinato. Dos hombres habían muerto y un tercero había desaparecido misteriosamente.

No le gustaba el aspecto del bosque de Tegel. Lo encontraba demasiado solitario, silencioso y amenazador. Pensó que lo mismo que él sentía en aquellos instantes, quizás lo sintió otro hombre una noche, un mes antes, en el Central Park de Nueva York.

Aquella noche había una ligera niebla en la ciudad de los rascacielos. El hombre que se hallaba en el Central Park, con un periódico en las manos no sabía si la bruma brotaba del Hudson, del East River o de la bahía.

En realidad no le preocupaba de donde salía porque tenía otra clase de preocupaciones mucho más importantes. Daba cortos paseos a lo largo del sendero y lanzaba miradas a su reloj.

Era un hombre alto, delgado, de rostro enjuto, ojos muy hundidos en las cuencas, con una gran cicatriz que empezaba en la sien izquierda y terminaba en el mentón. Un rictus de amargura y cansancio torcía la boca de labios finos, casi crueles.

El traje que llevaba estaba arrugado y resultaba corto para su talla. Al sacar un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos, las mangas de la chaqueta dejaron al descubierto unos brazos delgados y desprovisto de vello.

Encendió el cigarrillo con una cerilla y reanudó sus cortos paseos. Se hallaba cerca de un farol cuando descubrió una figura que se aproximaba por el sendero.

Se estremeció visiblemente y arrojó el cigarrillo al suelo. Con la punta del zapato lo hundió en la gruesa arena que recubría los senderos del Central Park.

El hombre que se aproximaba arrastraba penosamente la pierna derecha y se apoyaba en un bastón. Llevaba un sombrero encasquetado hasta las orejas y parecía asustado.

Había pasado de los sesenta años y su aspecto resultaba

insignificante, pero un observador sagaz hubiese descubierto inmediatamente una gran inteligencia y fuerza en los pequeños ojos azules velados por unas largas pestañas e hirsutas cejas canosas.

El hombre que esperaba colocó el periódico en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y se apartó del farol, como si deseara celebrar la entrevista en la penumbra.

—Hola, Otto —saludó el viejo.

—Hola, Franz —contestó el de la cicatriz.

Los dos hombres quedaron frente a frente, fuera del círculo iluminado por el farol. Los pequeños ojos del llamado Franz se animaron al descubrir la cicatriz que surcaba la mejilla de Otto.

—Hace muchos años que nos vimos por última vez —dijo lentamente éste sin tender la mano al recién llegado.

—¿Es cierto lo que me has dicho por teléfono? —preguntó ansiosamente Franz.

—Sí —respondió secamente Otto.

—¿Por qué razón me ayudas? Nunca fuimos buenos amigos... e incluso hiciste todo lo posible para que la Gestapo acabase conmigo. ¿Por qué quieres ayudarme ahora? —preguntó Franz.

—Los tiempos han cambiado. Ya no estamos en la Alemania de Hitler, sino en los Estados Unidos. Han pasado muchos años y los nombres han sufrido transformaciones. La mayor parte de este tiempo la he pasado en los campos de concentración de Siberia y quizás el frío, el hambre y el miedo me han convertido en otro hombre... y lo que estoy haciendo no lo hago por ti solamente. También pienso en Gretchen y Elke; ellas necesitan tu ayuda.

—¿Están bien?

—Sí, pero sin tu ayuda no lograrán salir de Berlín. No olvides que ahora eres un súbdito norteamericano y que tienes una gran importancia en el mundo científico. Toma, esta documentación te facilitará las cosas. También encontrarás una serie de datos para encontrar a Gretchen y a Elke. Te deseo buena suerte —dijo Otto entregando un pequeño paquete a Franz.

Éste lo cogió e iba a decir algo más pero cambió de opinión y después de lanzar una mirada a Otto, se alejó arrastrando la pierna derecha.

Otto lo siguió con la mirada hasta que desapareció por completo. Volvió a sacar el paquete de cigarrillos y encendió uno.

Mientras dejaba escapar la primera bocanada de humo, extrajo el periódico del bolsillo y fue a colocarse cerca del farol.

Intentó sonreír al pensar que terminaba de hacerle una sucia jugada a su pariente Franz, quizás la última de todas. La sonrisa no llegó a completarse porque aquel hombre había perdido la facultad de sonreír.

—Realmente han cambiado las cosas durante estos últimos diez y seis años —se dijo mentalmente Otto— siempre había deseado mandar a Franz a uno de nuestros campos de exterminio, en cambio ahora, sabiendo perfectamente que lo mandó en busca de algo peor que la misma muerte, no me siento satisfecho, al contrario, casi siento asco de mí mismo.

Iba a sentarse en el banco situado al pie del farol cuando una silueta cruzó uno de los espacios destinados a los juegos infantiles y se dirigió hacia el lugar donde se hallaba Otto.

Éste colocó el periódico sobre su pecho para que el nombre quedase bien visible. No se sorprendió cuando el desconocido se detuvo ante él y después de lanzar una mirada al periódico dijo:

—Interesante la edición nocturna del «Hérald».

Otto, antes de contestar, examinó detenidamente al hombre que le había hablado con acento eslavo. También su aspecto lo era y sus facciones resultaban aniñadas, como si al crecer hubiese conservado el mismo rostro que tenía durante la infancia.

Otto sintió un escalofrío de terror. Durante su larga vida de aventuras se había visto muchas veces delante de la muerte y siempre la había afrontado con valor. Tenía muchos defectos, pero entre ellos no estaba la cobardía, no obstante, aquel hombre con rostro de niño, le causaba más terror que la presencia de la mismísima muerte.

—Sí, la compré esta mañana —respondió finalmente.

Esta contestación que resultaba completamente estúpida, ya que nadie compra una edición nocturna por la mañana, entre otras razones porque no ha sido editada, pareció llenar de satisfacción al desconocido.

—¿Todo ha ido perfectamente, coronel Otto Kühn? —preguntó secamente.

—Mi nombre es Kurt Rein, industrial de Leipzig —rectificó débilmente Otto.

—Nadie mejor que yo conoce su verdadero nombre, coronel... y usted lo sabe... —advirtió aún más secamente el desconocido— no nos hemos visto nunca, pero conozco perfectamente su historia. En realidad, su sitio no es éste, usted debería estar en el fondo de una fosa y siguiendo las costumbre de su nación, tenía que tener las paredes cubiertas con un tapiz de césped verde... y siguiendo los usos de mi patria, tenía que haber bajado a ella con un trozo de cuerda alrededor del cuello.

—Creí que usaban más el tiro en la nuca —comentó Otto torciendo aún más la boca.

—Le he hecho una pregunta, coronel Riihn —dijo el desconocido con voz tan helada que parecía cortar como un cuchillo de hielo.

Otto Kühn, excoronel de las S. S., de Adolf Hitler y uno de los hombres que se hallaban en el interior de la Cancillería cuando el III Reich se hundió como un castillo levantado sobre la arena sintió deseos de saltar hacia adelante y cerrar sus alargados dedos alrededor de la garganta de aquel hombre que le miraba burlonamente, como si deseara el ataque.

No lo hizo; reprimió sus impulsos y después de apretar fuertemente el periódico que continuaba sosteniendo sobre el pecho y que había servido para identificarle, contestó.

—Sí, todo ha salido perfectamente.

—¿Frank tiene las documentaciones y las direcciones?

—Se las he entregado hace unos momentos.

—¿Ha observado algo anormal en su conducta?

—Nada. Tengo la seguridad de que seguirá las instrucciones al pie de la letra.

El desconocido sonrió alegremente como si las respuestas de Otto Kühn le causasen una gran alegría. Hundió la mano derecha en el bolsillo de la bien cortada chaqueta y dijo.

—De acuerdo, coronel, un trato siempre es un trato. Tiene usted una documentación completa a nombre de Kurt Rein, industrial de Leipzig, un pasaporte al mismo nombre y dos mil dólares en el bolsillo. Puede empezar una nueva vida en este hermoso y extenso continente... pero no olvide que nosotros sabemos su verdadero nombre y que el

F. B. I.

se alegraría mucho si le echase la mano encima.

—¡Maldito! —exclamó el excoronel de las S. S. captando la oculta amenaza.

—Me han llamado cosas peores, Kühn. Ahora, antes de separarnos quiero que examine sus bolsillos. No quiero que quede en ellos nada que pueda descubrir su verdadera personalidad ni el lugar donde ha pasado usted los últimos años.

—¡No tengo nada!... no quiero conservar nada en mi poder que pueda ayudarme a recobrar el pasado.

—Lo celebro, Kühn —dijo fríamente el desconocido.

Todo su aspecto era de hielo. Ni un solo músculo de su añorado rostro se contrajo. En sus frías facciones no había ni alegría ni pesar; pararían una máscara de cera.

Otto había visitado un museo de figuras de cera durante la ocupación de Francia y tenía la seguridad de que resultaban más humanas que aquel hombre que tenía delante.

También había hecho la campaña del este. En el invierno de 1942 se hallaba en el frente de Veliki Luki y durante un ataque cayó violentamente sobre el hielo. Las agudas aristas heladas cortaron su carne... y el aspecto del desconocido era el mismo que tenían aquellas agujas de hielo.

—Adiós —dijo Kühn disponiéndose a dar media vuelta.

—Un momento, coronel, aún no hemos terminado. Tengo algo para usted.

—¿Qué es?, termine de una vez. Deseo perderle de vista —dijo Kühn que se hallaba rozando el poste del farol.

—Solamente un último recuerdo —contestó fríamente el desconocido sacando la mano derecha del bolsillo de la chaqueta, Otto Kühn vio el negro cañón de un revólver calibre 38 y rápidamente comprendió que su sentencia de muerte había sido dictada de antemano y que el desconocido era su verdugo.

El revólver estaba provisto de un silenciador. El excoronel de las tropas de asalto alemanas conocía perfectamente la marca. Eran una maravilla de la técnica. Construidos en la casa Skoda, estaban provistos de un regulador para la salida de gases y el disparo no producía más ruido que el taponazo de una botella de vino espumoso.

La calma de la noche en el Central Park quedó rota por un

apagado «chop». Kühn se tambaleó al recibir el impacto en el centro del pecho. Sus dedos se aferraron al «Herald» mientras una expresión de sorpresa aparecía en su rostro.

Intentó asirse al farol, pero un nuevo «chop» lo empujó contra el banco pintado de verde. El excoronel de las S. S. miró a su asesino y en su mente apareció la visión de las aristas de hielo en Veliki Luki.

Un tercer «chop» rompió el silencio del Central Park y el proyectil lanzó a Kühn sobre el banco del parque. Antes de que la muerte se hiciese cargo de él, aún pudo ver el halo de bruma que se había formado alrededor de la parte superior del farol.

Después, éste se apagó, como si una mano invisible hubiese cortado la corriente... pero el farol seguía brillando. Otto Kühn quedó extendido sobre el banco, con el «Herald», edición nocturna, sobre el pecho.

El periódico estaba agujereado por tres balazos y el papel empezó a mancharse de sangre. El desconocido, con una serenidad que hubiese causado escalofríos a un verdugo profesional, quitó el silenciador y lo guardó en uno de sus bolsillos.

Dejó caer el arma cerca del banco y después de asegurarse de que el asesinato no había tenido testigos, se alejó tranquilamente siguiendo el estrecho sendero.

Cuando James

O'Hara,

agente de la Policía Metropolitana hacia su primera ronda por el Central Park para limpiarlo de vagabundos, eran solamente las once cuarenta y tres minutos de la noche.

Hacía aquel servicio desde un mes antes y se hallaba muy satisfecho de él.

James

O'Hara

era un hombre comprensivo y cuando descubría una pareja de enamorados que había perdido la noción del tiempo y de las distancias, tosía fuertemente para que tuviesen tiempo de separarse y cuando llegaba a su altura, mostraba la mejor de sus sonrisas y decía:

—A dormir, jóvenes. La humedad de la noche es mala para la garganta.

Al ver la figura tumbada sobre el banco, empezó a sonreír. El

policía tenía una dentadura perfecta y le gustaba enseñarla, además, había leído el libro «Cómo ganar amigos» y siguiendo sus instrucciones, sonreía siempre.

—Éste ha madrugado bastante —murmuró mientras se encaminaba hacia el banco.

Generalmente no encontraba vagabundos hasta que realizaba la tercera ronda. Al llegar al pie del farol dio un suave golpe a los zapatos de Kühn diciendo:

—Arriba, amigo. A menos de cien yardas hay un excelente dormitorio y no le cobrarán nada por la cama.

No recibió contestación y volvió a golpear los zapatos, pero esta vez con más fuerza. Creyó que aquel hombre tenía el sueño muy pesado y se dispuso a zarandearlo por los hombros.

Al inclinarse descubrió las rojas manchas sobre la edición nocturna del «Herald» y uno de sus pies tropezó con el revólver. Los vidriosos ojos de Kühn, fijos en el farol, le hicieron comprender que se hallaba ante un cadáver.

Lo tocó ligeramente y observó que aún estaba caliente. Sintió deseos de recoger el arma y oler el cañón, pero al pensar en los gritos que lanzaría el capitán McDonald, retiró la mano.

No tocó nada y sacando el pito de alarma lo hizo sonar con fuerza. Sabía que Dimean Farrell, su compañero de ronda, no estaría muy lejos.

No se equivocó. Cuando el otro policía apareció corriendo con el pesado revólver de reglamento en la mano derecha le dijo.

—No pises el sendero, Duncan. Este hombre está muerto... asesinado y puede haber huellas importantes en el suelo. Llama al capitán McDonald y dile lo que hemos encontrado.

A pesar de la presencia del cadáver,

O'Hara

no olvidó las enseñanzas del libro «Cómo ganar amigos» y sonrió ampliamente. Seguramente Farrell no lo había leído o si lo había hecho, ya se había olvidado de la frase que decía «sonría siempre, aunque tenga dolor de muelas...», porque lanzó una maldición y se alejó rápidamente.

Un cuarto de hora después, aquella zona del Central Park se había convertido en un hervidero de hombres y luces. Cinco coches de la Policía habían acudido a la llamada de Farrell.

Varios fotógrafos de la policía tomaban fotos desde todos los ángulos posibles; otros buscaban huellas en el sendero y el forense examinaba el cadáver.

El capitán McDonald había recogido el revólver y lo había envuelto con su pañuelo. Después cogió la documentación que le tendía

O'Hara

y la examinó lentamente.

—Kurt Rein, industrial de Leipzig. Pasado a la zona occidental hace un par de meses. Entró en los Estados Unidos ayer por la mañana, procedente de París... —Iba murmurando a medida que leía—... bien, creo que aquí ya no tenemos nada que buscar. ¿Ha terminado, doctor?

—Sí... y si o que desea saber es si está muerto, le diré que el asesino se podía haber ahorrado dos balas. Los tres balazos son mortales. Ahora veremos qué nos dice la autopsia —respondió el forense secándose las manos.

—En este caso pueden llevarse el cadáver —ordenó el capitán al ver que los fotógrafos también habían terminado su trabajo.

El cuerpo de Otto Kühn fue depositado en una camilla y dos hombres se lo llevaron hacia la ambulancia que esperaba. El forense también penetró en ella y el coche se alejó rápidamente hacia el depósito.

Cuando el capitán McDonald descubrió al propietario del revólver calibre 38 que había servido para matar a Kühn, se quedó con la boca abierta y cuando logró cerrarla llamó a la División Territorial del

F. B. I.,

y dijo.

—Un hombre ha sido asesinado esta noche en el Central Park... y el arma usada para el crimen ha sido un revólver propiedad de Franz von Lehmann.

Esta simple frase bastó para que el inspector Newman que se hallaba en la base de cohetes de Vanderberg, California, se trasladase rápidamente a Nueva York en un «jet» de la TWA, Le acompañaba el agente especial Edwin Tucker.

... y en el mismo instante que McDonald llamaba al

F. B. I.,

un hombre que arrastraba la pierna derecha salía hacia Miami en avión. La azafata, al comprobar la lista de pasajeros observó que aquel hombre tenía un enorme parecido con Alberto Einstein, el físico de fama mundial.

Cabellos blancos, largos y mal peinados, bigote canoso muy poblado, frente amplia y despejada; ojos pequeños, vivos e inteligentes y un aire ausente, como si se hallase muy lejos, pensando en cosas mucho más importantes que las que ocurrían en la tierra.

—Franz von Lehmann —leyó la bella muchacha en la lista de pasajeros.

El avión de Miami despegó del aeródromo de La Guardia... y del aeropuerto internacional de Ildewild, salió el vuelo 634 correspondiente al trayecto entre Nueva York-Paris.

Esto no tenía ninguna importancia, ya que ocurría diariamente. Lo realmente extraño era que en el «jet» que iba a cruzar el Atlántico viajaba un hombre que también parecía el doble del fallecido Einstein. Se llamaba Hermán Euken, al menos éste era el nombre que constaba en su pasaporte y parecía muy nervioso e incluso asustado.

III

EDWIN Tucker contempló como la arrugada hoja de periódico se hundía por completo en las verdosas aguas del estanque, después repitió el, movimiento de consultar el reloj.

Era ya la centésima vez que lo hacía y llegó a creer que el tiempo se había detenido, porque oía perfectamente el «tic-tac» de la maquinaria.

Edwin no quería entrar en la zona oriental antes de la hora señalada. En diversas ocasiones había tenido que tratar con hombres de la policía soviética y no deseaba ser reconocido.

Era difícil que esto ocurriese, pero en su peligrosa profesión no se podía dejar nada al azar.

El agente del
F. B. I.,

lanzó una rápida mirada a las nubes que a cada instante que transcurría tenían un aspecto más oscuro y amenazador. Después de comprobar el estado del tiempo, se encogió ligeramente de hombros, como si aceptase resignadamente el futuro remojón.

Los hechos ocurridos en Nueva York y Miami estaban estrechamente enlazados con otro ocurrido en la base de cohetes de Vanderberg, estado de California.

Tanto el inspector Newman como Edwin lo comprendieron rápidamente a medida que los hechos iban ocurriendo. Un fino hilo los unía a través de la enorme extensión de los Estados Unidos; un hilo que empezaba en Vanderberg, continuaba hasta Nueva York, seguía hasta Miami y allí se perdía.

Parte de aquel invisible hilo volvía a parecer en Berlín, la dividida ciudad. Edwin Tucker se hallaba en el bosque de Tegel

esperando el momento de hablar con el hombre de la Stalinallee, el cuál tenía el extremo de aquel hilo.

Todo había empezado cuando un hombre llamado Franz von Lehmann había desaparecido misteriosamente de la base de Vanderberg el día 30 de junio de 1961, o sea, un mes antes.

Von Lehmann había nacido en Hamburgo sesenta y dos años antes, cuando el mundo aún tenía apariencias de ser un lugar bastante agradable. Era un experto en balística, en física nuclear y estaba especializado en aparatos de detección por medio del radar.

Había trabajado en la construcción de las célebres y destructoras V-2

alemanas. Era uno de los mejores hombres de la base secreta de Peenmünde, el lugar más codiciado por los aliados durante la guerra.

Cuando el III Reich empezó a desmembrarse, Franz von Lehmann acompañado de otros científicos se trasladó a los montes de Baviera. Allí lo encontraron los servicios de información americanos.

El coronel que lo detuvo entró en la cabaña con la pistola dispuesta a hacer fuego a la menor señal de peligro. Detrás suyo estaban media docena de soldados con las pistolas ametralladoras empuñadas y los dedos apoyados en los gatillos.

El coronel Adams T. Cocker fue licenciado al término de la contienda y devuelto a sus ocupaciones habituales como director-gerente de una sociedad de seguros, especializada en los de «vida».

Adams T. Cocker no carecía del sentido del humor, por esta razón, cuando tomó asiento en su cómodo sillón de cuero, dejó escapar una ruidosa carcajada que tuvo la virtud de asustar a la escultural rubia, muy escotada, decorativa y que también servía de secretaria.

—¿Qué le ocurre, *Mr.* Cocker? —preguntó aquel monumento con faldas.

—Nada, simplemente estaba pensando que me he pasado varios años mandando gente al otro mundo y ahora tengo que volver a hacer seguros de vida. No deja de ser gracioso... y más cuando pienso que a lo mejor he matado a algún hombre que tenía hecha una póliza con nuestra compañía ya que siempre hemos tenido sucursales en Alemania —respondió Cocker haciendo lo que había

estado deseando desde que los japoneses atacaron Pearl Harbour... poner los pies sobre a mesa.

—Sí, es muy gracioso —dijo la rubia que no emprendía nada.

Aquellas cosas a ella no le importaban. Le pagaban un sueldo para escribir cartas, archivar cartas, romper cartas y devolver cartas, pero entre sus obligaciones no estaban ni el pensar por su cuenta ni tratar de comprender a los jefazos.

Adams T. Cocker no perdía ninguna ocasión de explicar lo que le había ocurrido en los montes de Baviera. La primera en sufrir aquel tormento fue la rubia y explosiva secretaria, después de ella le tocó el turno a todo el personal de la compañía, más tarde a los clientes y por último a los encargados de la limpieza.

—Esperaba encontrar a Von Ribbentrop o Himmler... y en su lugar me encontré con una docena de hombres vestido de paisano inclinados sobre una mesa, como si estuviesen jugando al póker. Yo empuñaba la pistola y mis hombres estaban dispuestos a barrer el interior de la cabaña con el fuego de sus armas. Ante la puerta tenía un tanque «Sherman» y tres «jeeps» con ametralladoras del 52.

—¿Tengo que tomar nota? —preguntó la rubia cruzando las piernas y enseñando generosamente gran parte de ellas.

—No. Bien, sigo con mi relato. «Manos arriba» ordené secamente. Nadie se movió... ni nadie me hizo caso. Por segunda vez repetí la o den y...

—... nadie se movió.

—Exacto. No se habían dado cuenta de mi presencia. Al fin, uno de ellos me miró y dijo «¿Qué busca?». —Soy el coronel Adams T. Cocker, del Ejército de los Estados Unidos— contesté. Bien, querida amiga, aquel tipo se quedó tan tranquilo y dijo: «¿Sabe algo sobre el grado de fusión del litio?».

—¿Qué es el litio? —preguntó la rubia moviendo las piernas para que la falda subiese un poco más.

—No lo sé. Lo cierto era que aquellos doce tipos eran unos expertos en balística, física y no sé cuántas cosas más. Los cargamos en un camión... y ahora todos están en los Estados Unidos, cobrando sueldos más elevados que el mío.

Efectivamente, Franz von Lehmann y otros ciento veinte científicos alemanes habían sido trasladados a los Estados Unidos para trabajar en diversos proyectos.

El nombre de von Lehmann era uno de los más importantes de la llamada «Operación Sujetapapeles» llamada así debido a que las tarjetas donde estaban escritos los nombres de los expertos alemanes en cohetes habían sido unidas por un sujetapapeles.

Más de un centenar de hombres fueron llevados a los Estados Unidos y rápidamente se aclimataron. Eran científicos que solamente pensaban en su trabajo y algunos de ellos se habían olvidado de la guerra dos horas después de haber salido de Alemania.

Franz von Lehmann no había olvidado nada; no se puede olvidar cuando se ha perdido lo más importante. Franz no era nazi, no simpatizaba con Hitler y odiaba la violencia. En dos ocasiones había sido detenido porque su sangre no era completamente aria y si se había salvado de los campos de concentración y de exterminio había sido a causa de su pericia científica. Él había sido el hombre que había construido los aparatos que dirigían las

V-2

directas a su blanco.

Von Lehmann no podía olvidar porque su esposa e hija habían quedado en Alemania, en algún lugar situado detrás del Telón de Acero. Nunca logró saber nada de ellas y para olvidar se dedicó de lleno a su trabajo. Le dijeron que ambas habían muerto, pero nunca lo creyó.

Fue uno de los hombres que creó el primer cohete americano, el «Redstone» lanzado en Cabo Cañaveral en el año 1953 y que significó el primer paso hacia la conquista del espacio.

Después colaboró en el «Plan Orbita»; a continuación trabajó duramente en la creación del «Vanguard» y por último fue destinado a la construcción de un cohete antiohete.

Se hallaba trabajando en él cuando desapareció misteriosamente de la base de Vandenberg, creando un verdadero problema al

F. B. I.,

y a la Comisión de Energía Atómica.

Franz von Lehmann era el jefe de la llamada «Operación Interceptación», destinada a crear un arma capaz de destruir los cohetes intercontinentales en pleno vuelo y a gran altura.

Diez años después de su llegada a los Estados Unidos se nacionalizó pero conservó su nombre alemán. Dijo que se había

acostumbrado a él y que si lo americanizaban no se iba a entender.

Su desaparición causó tanto ruido como uno de los cohetes que se fabrican en la base. Inmediatamente se tomaron las medidas oportunas para que la prensa no publicase nada sobre aquella desaparición y el

F. B. I.,
intervino.

El inspector Peter Newman, del Departamento Central se hizo cargo de las investigaciones y el agente Edwin Tucker se convirtió en su ayudante. Otros seis agentes especiales acompañaban al inspector y todas las Divisiones Territoriales del

F. B. I.,
así como la Policía de toda la nación fueron alertadas para descubrir al científico.

Ninguno de los hombres que se hallaban en el interior de la base de Vanderberg recibió autorización para abandonarla. El inspector Newman deseaba que se guardase el secreto durante el mayor tiempo posible, aunque sabía perfectamente que no lograría ocultar la verdad de lo ocurrido más allá de una semana.

—La desaparición se ha descubierto esta mañana, cuando Von Lehmann no se ha presentado al trabajo. Ahora son las seis de la tarde... y no sabemos nada —dijo el inspector empezando a dar vueltas por el dormitorio que había ocupado el científico.

—Hemos logrado reunir algunos datos, inspector. No olvide que hemos llegado hace un par de horas solamente —dijo Edwin sacando una libreta de notas.

—Hable, Tucker. Sé que se ha trabajado con gran rapidez, pero este asunto me ataca los nervios. No me gusta... no, no me gusta nada —dijo el inspector arrugando el ceño y la nariz.

—Von Lehmann terminó el trabajo a las nueve de la noche de ayer. Comió algo en la cafetería de la base y después se dirigió a su casa. Hasta la puerta le acompañó el profesor Hastings. A las diez recibió una llamada telefónica hecha desde Nueva York.

—¿Quién le llamó? —preguntó el inspector.

—Un hombre que dijo llamarse Kurt Rein.

—Un alemán... Continúa sin gustarme este asunto —comentó Newman examinando las ropas que se hallaban en el interior de un armario empotrado en la pared.

—Después de recibir la llamada, desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra o se lo hubiesen llevado los marcianos —siguió diciendo Edwin.

—Nadie ha emigrado de este país empleando estos procedimientos... todavía, aunque empiezo a creer que todo es posible —dijo el inspector.

—Descartada la posibilidad de que lo hayan raptado los marcianos nos quedan varias hipótesis. La más probable es que haya seguido el mismo camino que siguieron los diplomáticos ingleses Burgess y Mac Lean [2]... o que haya perdido la memoria.

—Puede haber sido asesinado y su cadáver ocultado. ¿Falta algo? —preguntó el inspector.

—La mujer que limpia la casa dice que el profesor von Lehmann llevaba un traje azul, zapatos negros y camisa blanca. Después de examinar el armario ha encontrado a faltar otro traje, gris; un par de zapatos marrones y un sombrero. También falta un revólver calibre 38.

—¿Algo más?

—La mujer de la limpieza ha dicho que el profesor perdió la cartera con la documentación hacía una semana. Por otra parte, no falta ninguna maleta. Burgess y Mac Lean desaparecieron misteriosamente de Londres el año 1951 y no se logró descubrir su rastro. Más tarde aparecieron en Moscú.

—¿Tenía coche?

—No.

—Bien, Tucker, tenemos que reunir la mayor unidad posible de datos sobre Franz von Lehmann... y sobre el hombre que dijo llamarse Kurt Rein —dijo el inspector.

Una hora después tenía en su poder lo que le interesaba; el historial completo del profesor, por él se enteró que la esposa y la hija de von Lehmann habían muerto en Alemania, durante el bombardeo realizado por la fuerza aérea americana sobre Berlín.

—Puede darse el caso de que el profesor haya decidido vengarse de aquellas muertes y haya desaparecido para entregar los datos de la «Operación Interceptación» a una nación extranjera —comentó el inspector dejando el historial sobre mesa.

—Podía haber hecho lo mismo muchos años antes; ha tenido mejores ocasiones —comentó Tucker.

Uno de los agentes especiales entró en el despacho que el jefe de la base había puesto al servicio de Newman y después de saludar a su jefe dijo:

—Un conductor recuerda haber llevado a un hombre de las señas del profesor hasta cerca del campo de aviación civil. Hemos hecho algunas preguntas y tenemos la seguridad de que Franz Von Lehmann, bajo el nombre de Andrés Barton se ha dirigido hacia Nueva York. No llevaba equipaje de ninguna clase, solamente el bastón que le sirve para andar.

—¡Hum!... ¿Qué se ha hecho del traje que falta?... ¿y de los zapatos y el sombrero? —preguntó el inspector.

—Llevaba puesto un sombrero que ocultaba su blanca cabellera... pero nada más —añadió el agente.

—Nadie huye llevando dos trajes, uno encima del otro. Sabemos que el profesor no ha raptado, ni asesinado, por lo tanto nos hallamos ante un caso de traición. Si nuestros amigos lo soviets logran obtener la información sobre el anticohete, van a sentirse muy felices... y mucho me temo que la obtendrán.

—Las carreteras, los aeródromos y los puertos están estrechamente vigilados. Le será muy difícil escapar —dijo Tucker.

—Creo que cuando un hombre se dispone a huir, primeramente ha tomado toda clase de precauciones para no ser detenido. A pesar de nuestras rápidas medidas, tengo la seguridad de que von Lehmann ha salido de los Estados Unidos —respondió el inspector.

Aquella misma noche llegó a la base de Vanderberg el aviso del capitán McDonald, de la Policía Metropolitana de Nueva York. Los agentes del

F. B. I.,

no perdieron tiempo y se trasladaron a la ciudad de los rascacielos.

En pleno vuelo la azafata del «jet» entregó un mensaje al inspector Newman, que se apresuró a leerlo, después lo pasó a Tucker diciendo:

—Continúa sin gustarme este asunto.

El agente del

F. B. I.,

antes de contestar leyó la nota llegada por radio. No era muy larga pero sí expresiva. Decía: «Kurt Rein asesinado con revólver Von Lehmann. Hombre de sus señas detenido en el avión Nueva York-

Miami».

—Asunto resuelto —comentó el agente.

—Opino todo lo contrario —contestó el inspector.

Cuando llegaron a Nueva York ya les estaba esperando un coche de la División Territorial y rápidamente se trasladaron al depósito de cadáveres del hospital Bellevue.

El inspector Winter relató todo lo ocurrido en el Central Park, así como la detención del hombre desconocido en el aeródromo de La Guardia.

—... tenía dos agentes vigilando todas las salidas de los aviones. Uno de ellos descubrió a un hombre que cojeaba de la pierna derecha y que tenía un gran parecido con Einstein. Examinó su pasaporte y vio que estaba falsificado. Era una falsificación muy mala, hecha seguramente por un aprendiz. Mis agentes detuvieron al hombre y...

Winter se interrumpió durante unos segundos, como si tratase de ordenar sus pensamientos, finalmente siguió diciendo.

—No era von Lehmann, ni tan sólo era cojo. Lo interrogamos durante toda la noche y después de haberle mandado el último mensaje, el hombre confesó que un desconocido le había entregado el pasaporte y tres mil dólares para representar la comedia.

—Supongo que al detener al falso von Lehmann, cesó la vigilancia en los aeropuertos —dijo Newman.

—Sí, fue un error porque después hemos logrado saber que otro hombre, quizá el verdadero von Lehmann salió hacia Miami. Lo realmente sorprendente es que viajó con el nombre de Franz von Lehmann. Subió al avión cuando solamente faltaba medio minuto para despegar y aprovechó el momento en que mis agentes detenían al otro hombre —contestó Winter con aire apenado.

—Todo estaba perfectamente calculado, querido amigo. Mucho me temo que nos hallamos ante unos enemigos demasiado inteligentes. El falso Lehmann fue colocado delante de nuestros hombres como un apetitoso cebo. ¿Se avisó a Miami?

—Sí, pero ya era tarde. No descubrimos la verdad hasta esta madrugada. Nuestro detenido no habló antes; dijo que para ganarse los tres mil dólares tenía que callar hasta las cuatro... y se los ganó. Cuando mandamos el aviso a Miami, el avión procedente de Nueva York ya había aterrizado. En estos momentos, toda la policía y el

F. B. I.,

de aquella ciudad están buscando a Von Lehmann.

El coche se detuvo delante del depósito de cadáveres y los dos inspectores acompañados por el agente especial Tucker descendieron y penetraron en el edificio.

Un enfermero los condujo ante una losa de mármol sobre la que se hallaba el cadáver de Otto Kühn. La enorme cicatriz que cruzaba la mejilla aparecía más blanca y profunda como si la muerte se hubiese encargado de hacerla resaltar.

—Nuestro servicio de identificación ha tenido que trabajar duramente para aclarar la verdadera personalidad de este hombre. La documentación a nombre de Kurt Rein es falsa... y falsos eran todos los datos del pasaporte —dijo Winter.

—¿Quién es este hombre? —Mejor dicho, ¿quién era?— preguntó Newman.

—El coronel Otto Kiihn, de las S. S., alemanas. Fue hecho prisionero en Berlín y los rusos o trasladaron a un campo de prisioneros de Siberia. Ha sido identificado por el tatuaje característico de los hombres de las tropas de asalto de Hitler. Entre los documentos capturados a los alemanes estaban las fichas de los mandos de las S. S. hechas por la «Reichssicherheitshauptatt».

—No comprendo que los alemanes pueden pronunciar una palabra tan larga. Es mucho más fácil decir «Oficina Central de la Policía de Seguridad» —comentó Tucker contemplando el cadáver del excoronel de las S. S.

—Kühn se entrevistó con un hombre cojo que llevaba un bastón y un sombrero muy encasquetado. El agente de servicio en el Central Park los vio desde lejos. Una hora más tarde encontró el cadáver... y el revólver usado para mandarlo al otro mundo era el de Lehmann, el mismo que le habían entregado en la base de Vanderberg —terminó de explicar el inspector Winter.

—Kühn, usando el nombre de Rein llamó al profesor a la base. Tuvo que decirle algo muy importante porque Lehmann se trasladó a Nueva York sin tomarse la molestia de hacer la maleta. Si realmente se entrevistó con él en el Central Park, es posible que lo matase, pero tengo la impresión de que alguien está tratando de tendernos una cortina de humo para que no podamos ver la verdad. Hay en este asunto algunos puntos muy confusos —contestó

Newman.

—Soy de su misma opinión —dijo Winter.

—Es posible que von Lehmann formase parte de una red de espionaje. Por desgracia no sería el primero; Otto Kühn, alias Kurt Rein podía ser uno de sus cómplices o el hombre encargado de hacer llegar la información a su punto de destino. El profesor, por motivos que desconocemos lo asesinó, después mandó un hombre pantalla al aeródromo de La Guardia y cuando vio que éste era detenido, subió tranquilamente al aparato y se trasladó a Miami... y también pueden haber ocurrido otras muchas cosas. Lo cierto es que von Lehmann ha desaparecido de Vanderberg, que se halla en posesión de una valiosa información sobre el desarrollo de la «Operación Interceptación» y que ya tenemos un muerto.

Después de pronunciar estas palabras, el inspector Newman arrugó el ceño y torció la nariz, lo que indicaba claramente que algo no marchaba bien.

Antes de que pudiesen formular una nueva teoría, desde Miami llegó la noticia de que Franz von Lehmann había aparecido flotando en las aguas del puerto... con la cabeza destrozada.

IV

—**E**STE hombre no es el profesor Franz von Lehmann —dijo rotundamente el inspector Newman después de contemplar el cadáver extendido sobre la helada losa de mármol.

Edwin Tucker no se sorprendió al oír las palabras de su jefe. En realidad esperaba algo parecido desde el mismo instante que le oyó lanzar el apagado «hum».

Durante el vuelo entre Nueva York y Miami, el inspector no había hecho otra cosa que murmurar, consultar datos y tomar notas. En una abultada cartera llevaba todo el historial de Franz von Lehmann. En aquellos momentos sabía más sobre el desaparecido profesor que el mismo von Lehmann.

—La cabeza y las manos han sido aplastadas deliberadamente por las ruedas de un coche. ¿Por qué?... —siguió diciendo el inspector— no creo que sea muy difícil responder a esta pregunta.

—Para que no pudiese ser identificado —dijo Tucker que sabía que su jefe estaba esperando aquella contestación.

—Efectivamente, en este maldito asunto hay alguien que tiene un gran interés en presentarnos varios «Franz von Lehmann». Este hombre fue asesinado y sus ejecutores se encargaron de borrar sus facciones y las huellas dactilares. Tuvieron tiempo sobrado para quitarle la cartera y no lo hicieron. ¿Por qué?... porque le interesaba presentarnos un cadáver, un nuevo Franz von Lehmann, pero muerto.

—Han sido listos... —empezó a decir Tucker—... pero han cometido algunos errores.

—Exacto. Von Lehmann salió de Vanderberg usando el nombre de Andrés Barton, sin embargo, usa el suyo cuando tiene que viajar desde Nueva York a Miami. Desaparece en esta última población y

horas después se encuentra un cadáver con su documentación en el bolsillo. Hasta ahora tenemos tres Von Lehmann. El detenido en Nueva York; el que viajó en el avión con el nombre del profesor y este cadáver... y ninguno es el verdadero.

—Creo que todo fue planeado sin olvidar ningún detalle —contestó Tucker examinando las ropas que le había entregado uno de los empleados del depósito.

Eran las prendas que llevaba el cadáver; un traje gris, una camisa y unos zapatos marrones. En el interior de la americana halló una etiqueta con el nombre del profesor y el del sastre que había confeccionado el traje.

—Vamos a resumir lo que sabemos. El profesor desaparece de la base y toma el avión de Nueva York bajo el nombre de Barton. En el Central Park se entrevista con Rein, cuyo verdadero nombre es Otto Kühn. Éste es asesinado con el revólver de von Lehmann, lo que indica que éste puede ser muy bien el asesino, ya que Winter encontró las huellas del profesor en la culata, aunque algo borrosas. Más tarde, un hombre es detenido cuando se dispone a subir al avión que va a Miami. No es von Lehmann... y otro hombre que dice llamarse así, viaja en el mismo aparato. El primero recibió tres mil dólares para representar una comedia y no decir la verdad hasta una hora determinada para dar tiempo a que el otro von Lehmann pudiese llegar a Miami. Otro profesor aparece con la cabeza y las manos aplastadas... y ninguno de ellos es el verdadero Franz von Lehmann.

—Demasiados profesores —comentó Tucker.

—Sí... y todos han sido puestos en nuestro camino para que el verdadero pudiese salir tranquilamente del país. Tengo la seguridad de que ha salido de los Estados Unidos sin tener el menor tropiezo.

—Han actuado con mucha rapidez.

—Bien, tenemos que capturar al profesor aunque tengamos que desplazar agentes a la misma Groenlandia. Mientras hablo con Washington quiero una radiografía de esta pierna —dijo el inspector indicando la derecha del cadáver—... no quiero cometer un error, aunque tengo la completa seguridad de que este hombre no es el que buscamos.

No se equivocó. La radiografía de la pierna derecha del cadáver puso de manifiesto una larga deformación en el hueso de la cadera.

Newman sacó otra radiografía del interior de su cartera de mano y mostrándola dijo.

—Ésta fue hecha hace unos años, cuando Franz von Lehmann ingresó en uno de los hospitales del ejército para sufrir una intervención bastante delicada. Como podrán observar, el profesor tenía una rotura de hueso mal soldada... pero unos centímetros más baja que la que aparece en la radiografía del cadáver.

Más tarde y gracias a la pista dada por Newman, el cuerpo hallado en el puerto de Miami fue identificado como el de un hombre, un desgraciado rata de muelle llamado simplemente «Sink».

Esté cerró aquella falsa pista dejada en Florida y todos los hombres del

F. B. I.,

se dedicaron a buscar al verdadero Franz von Lehmann. Fue un duro trabajo y el

F. B. I.,

tuvo que organizar el mayor despliegue de fuerzas de toda su historia. Las señas del fugitivo se repartieron por todos los lugares y centenares de agentes interrogaron a los viajeros de los trenes, de los aviones internacionales y de los grandes buques.

Después de dos semanas, una azafata que hacía el servicio entre Nueva York y París, reconoció la fotografía que le mostraron los agentes del

F. B. I.

La muchacha había pasado aquellos quince días en París, disfrutando de un permiso y por este motivo no pudo ser interrogada antes. Se consultaron las listas de pasajeros y por último, se logró averiguar que el profesor había viajado bajo el nombre de Herman Euken, con pasaporte diplomático.

Edwin Tucker y cuatro agentes del

F. B. I.,

se trasladaron a París, pero llegaron tarde. El profesor había desaparecido nuevamente. Más tarde fue localizado en Viena, pero esta pista también resultó ser falsa.

Por último, uno de los mejores hombres del

F. B. I.,

el agente especial Rodney Kent encontró el rastro del profesor en el

Berlín Occidental. Tucker se hallaba en Hamburgo cuando recibió la orden de trasladarse rápidamente a la antigua capital del III Reich.

Cuando llegó a Berlín, un hombre del F. B. I, le esperaba para comunicarle que Franz von Lehmann se había trasladado al Berlín Este.

—¿Fue por su propia voluntad? —preguntó Tucker.

—Sí, Rod le siguió e incluso intentó detenerlo, pero un par de hombres le cerraron el paso y el profesor logró cruzar la línea divisoria. Rod fue detrás de él y horas más tarde mandó un mensaje diciendo que sabía la dirección de von Lehmann y que esperaría en la Stalinallee.

—Bien, allí estaré.

Edwin Tucker se trasladó a una pequeña casa en el sector americano de la dividida ciudad. Allí le esperaba el inspector Newman que se apresuró a darle unas extrañas instrucciones.

—Franz von Lehmann tiene que regresar a los Estados Unidos para ser juzgado y condenado por un delito de traición. Todo indica que el profesor intenta facilitar información secreta a los soviets... y antes de que lo haga, hay que eliminarlo si es necesario. Rodney Kent tiene orden de disparar contra él si intenta ponerse en comunicación con las autoridades rusas; usted tiene que hacer lo mismo... y hay que disparar a matar.

—No es una misión muy agradable —comentó Tucker con visible disgusto.

—Lo sé. Somos hombres civilizados, no unos verdugos, pero la información que posee Von Lehmann puede significar la muerte de muchos miles de hombres. Un proyectil capaz de destrozar un cohete intercontinental en pleno vuelo, es una poderosa arma defensiva... y la vida de un solo hombre no tiene ninguna importancia ante un caso tan importante. Lo siento, Tucker, pero la violencia es necesaria a veces.

—Lo comprendo, inspector..., pero a pesar de ello, es un trabajo algo sucio. Espero que no será necesario acabar con Franz von Lehmann.

—Todo indica que es un traidor. Los Estados Unidos lo acogieron y le dieron un trato humano... y él ha huido.

Después de estas palabras el agente especial se cambió de ropa, dejó toda su documentación en manos de Newman, así como la

«Magnum» y cogió la «*Parabellum*» y la nueva documentación que le daba el inspector.

Antes de salir de la casa, Newman le recordó:

—Una hora después del atardecer, Rodney Kent estará en la Stalinallee.

—No lo olvidaré.

—No cruce la divisoria antes de esta hora. No debemos correr riesgos innecesarios y no olviden que prefiero a von Lehmann vivo. Si merece la muerte, un jurado lo condenará.

—... Pero si no puede ser capturado vivo hay que matarlo —añadió brutalmente el agente especial del

F. B. I.

—Podría usar otras palabras —dijo Newman.

—Podría, pero el sentido siempre sería el mismo.

—Bien, Tucker, le deseo buena suerte. Yo permaneceré en el sector americano por si es necesaria mi presencia.

—Hasta pronto —dijo el agente saliendo del edificio.

El fino hilo que había empezado en la base e Vanderberg lo había conducido hasta el bosque de Tegel. Aquella misma noche, con la ayuda de Rodney Kent intentaría sacar a Von Lehmann del Berlín Este y llevarlo nuevamente a los atados Unidos para que el Gran Jurado Federal lo juzgase.

La lluvia empezó a caer suavemente en el mismo instante que el agente del F. B. I., cruzaba la línea divisoria entre el Occidente y el Oriente, la gran aventura había empezado.

Apenas había dado diez pasos dentro del sector soviético cuando descubrió un cartel, muy parecido al que había dejado atrás, pero había unas cosas muy diferentes.

En primer lugar el fondo era blanco y las letras negras. Después, la frase decía:

«AQUÍ TERMINA LA DEMOCRACIA».

Edwín se encogió de hombros y siguió adelante. Poco después pasaba entre dos largas hileras de casas sucias que aún conservaban las señales de los brutales bombardeos sufridos durante guerra.

Caminó lentamente mientras la lluvia iba aumentando y caía con más fuerza. La oscuridad era completa en aquella zona derruida. Respiró satisfecho cuando llegó a una calle perfectamente

iluminada.

La tormenta de verano descargaba con toda su furia y el cielo era rasgado por innumerables relámpagos y el estruendo de los truenos ponía una desagradable música de fondo en el húmedo ambiente.

Edwin llegó a la Stalinallee a la hora exacta. La calle estaba completamente desierta y el asfalto brillaba como un reluciente espejo a causa de la lluvia y del reflejo de las luces de los grandes escaparates de las tiendas.

Descubrió a Rodney Kent refugiado en un portal. En el arroyo y muy cerca de la acera había un carretón de mano con la mercancía cubierta con una lona azulada.

Rodney Kent era un hombre de cuarenta años, fuerte como un toro y con todo el aspecto de un luchador de «judo» o de lucha libre. Su rostro era ancho, rudo, con la nariz aplastada y las orejas de coliflor.

Antes de ingresar en el

F. B. I.,

había pertenecido a la Marina de los Estados Unidos y había llegado a ser campeón de los pesos pesados... y antes de pertenecer a la Marina había trabajado como vendedor ambulante por las calles de Harlem.

Hablaba alemán como un verdadero descargador de los muelles de Hamburgo... porque su padre, a pesar de llamarse Kent había sido marinero en el Mar del Norte. Rodney había nacido en una gabarra, en los muelles de Nueva York y a pesar de que se había «pulido» bastante, continuaba conservando su aspecto de campeón de pesos pesados.

—Sígueme —dijo solamente cuando Edwin pasó cerca de él.

Abandonó la protección del portal y después de cubrirse la cabeza con un saco empezó a empujar el carretón por el centro de la Stalinallee.

Después de media hora de cruzar calles y plazas llegaron a un barrio bastante afectado por las destrucciones de la guerra. Edwin, que conocía perfectamente Berlín, vio que se hallaban en Mahlow Statd.

Rod llevó el carretón hasta un estrecho callejón y lo metió en un patio, después, sin preocuparse de Edwin, fue a ocultarse en un

derruido desván que años antes había formado parte de lo que había sido un garaje.

—Me recuerdas a un tipo que conocí en Harlem —dijo a modo de saludo cuando Edwin llegó a su lado después de subir por una escalera que amenazaba derrumbarse.

—¿Qué le pasaba a tu tipo? —preguntó Tucker que ya estaba acostumbrado a las extrañas comparaciones de su amigo y compañero de profesión.

Ambos habían realizado muchos servicios juntos, ya que también Rodney pertenecía al Departamento Central del F. B. I.

En diversas ocasiones habían luchado a balazos contra los enemigos de la Ley... y Rodney era un excelente luchador que nunca perdía la calma.

—Pedía caridad y llevaba una guitarra —contestó Rod...

—Yo no sé tocar la guitarra.

—Ni aquel tipo tampoco, pero la llevaba.

—¿Dónde está Von Lehmann? —preguntó Edwin.

—¿Ves aquel chiquillo lleno de mocos, con los pantalones rotos por las posaderas y que ahora se está orinando en aquella puerta? —preguntó Rod señalando con el dedo hacia un punto situado en la más completa oscuridad.

Edwin entornó los ojos porque en realidad no veía nada y no sabía si su amigo le estaba gastando una broma. Cuando se fue acostumbrando a la oscuridad observó una ventana iluminada y gracias al pequeño resplandor que se escapaba por ella pudo ver al chiquillo que le indicaba su amigo.

—Sí, lo veo.

—Bien, pues la puerta que él está «usando» es la de la casa donde se halla Von Lehmann. La luz de la ventana corresponde a la única habitación que tiene la casa.

—¿Qué hace el chiquillo?

—Vigila. Me ha costado medio kilo de café y cincuenta marcos occidentales. Tendré que cargarlo todo en la nota de gastos.

—Tendrás que incluir también una pulmonía.

Rodney no contestó, se colocó dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido. El chiquillo lo oyó perfectamente a pesar de la tormenta y después de imitar el silbido se alejó corriendo bajo la

lluvia.

—Von Lehmann continúa en la casa. Dejé al chiquillo mientras acudí en tu busca. Si el profesor se hubiese escurrido otra vez, mí «socio» se hubiese encargado de seguirlo.

—¿Qué has logrado averiguar? —preguntó Edwin.

Los dos hombres se hallaban resguardados por los restos del tejado y una cortina de lluvia penetraba por los grandes agujeros, pero tanto Edwin como Rodney quedaban protegidos de la torrencial lluvia.

—Muchas cosas, Ed...

Rodney siempre llama Ed a su amigo, de igual forma que éste le llamaba Rod... y los dos llamaban al inspector Newman «el viejo» y algunas veces, cuando las cosas se presentaban demasiado complicadas, también le llamaban «el lobo feroz», pero siempre entre ellos, porque Newman tenía un genio terrible.

—... Encontré su pista por verdadera casualidad. Pensé que si Lehmann tenía interés en cruzar el telón de acero, el punto más indicado era Berlín y mientras tú estabas husmeando en Viena y más tarde en Hamburgo, yo me trasladé a esta ciudad después de hablar con el «viejo». Compré el carretón, lo cargué con frutas y hortalizas... y algo más —siguió diciendo Rod con aire misterioso y guiñando un ojo como un pillete de Harlem—... y empecé a dar vueltas por la línea divisoria.

—Después de tantos años de pertenecer a la Marina, de estudiar y de «pulirte», has vuelto a tu trabajo juvenil. Empujar un carromato cargado de hortalizas —dijo burlonamente Ed.

—Sí, pero ahora lo hago por deporte y antes lo hacía por necesidad. Durante la guerra conocí a un tipo que pertenecía a las tropas alpinas y recuerdo que maldecía como un condenado cada vez que tenía que esquiar. Cuando acabó la guerra lo encontré en el Valle del Sol... esquiando. Me dijo que le molestaba hacer las cosas por obligación, pero que en cambio le encantaba el deporte. Creo que estaba completamente loco.

—Bien, sigue hablando.

—Descubrí a Lehmann ayer al anochecer. El hombre andaba arrastrando su pierna y llevaba la cabeza descubierta. Sin sombrero es el vivo retrato de Einstein. Iba a detenerlo, pero dos tipos me cerraron el paso. No sé si fue por casualidad o formaban parte de la

guardia personal del profesor. Lo cierto es que cuando pude continuar ya habían cruzado la línea divisoria y se hallaban en pleno sector soviético... y logré seguirlo hasta aquí. Esto es todo.

—¿Has vuelto a ver a los dos hombres que te cerraron el paso?

—No, solamente esta mañana he visto a un tipo con cara de niño rondando por el callejón. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Vasily Glinka?

—Sí. Es comandante de la MVD rusa. Está considerado como uno de los hombres más listos, fríos y sanguinarios de la Policía de Seguridad Soviética —contestó Ed.

—Para tu tranquilidad te diré que Glinka era el hombre que rondaba por el callejón.

—En este caso tenemos que darnos prisa. Glinka tiene un olfato de perro de raza.

—Esta lluvia nos ayudará a raptar al profesor. Tengo entendido que en la base de Vanderberg hay un montón de muchachas estupendas. ¿Puedes explicarme por qué no fue una de ellas la que desapareció?

—Supongo que las mujeres estupendas como tú dices, siempre estarán rodeadas de un enjambre de zánganos y les resultará muy difícil huir. Vamos —contestó Ed disponiéndose a abandonar el porche.

—¡Un momento! —exclamó Rad extendiendo una mano y reteniendo a su amigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ed.

Antes de que Rod pudiese contestar, se oyó el ruido que producían varios coches, después el chirrido de los frenos y la penumbra del callejón quedó rota por los deslumbradores haces que brotaban de varios reflectores colocados en los automóviles.

—¡La MVD! —susurró Rod al descubrir las gorras de plato azules con las franjas rojas y las presillas también azules.

—No, solamente hay dos hombres de la MVD, los demás pertenecen a la «Volkspolizei» —rectificó Ed que había vuelto a tenderse al lado de su amigo.

Se oyeron una serie de órdenes dadas en alemán y seis «vopos» armados con pistolas ametralladoras penetraron en la casa donde se hallaba el profesor Von Lehmann.

—El coronel Fedor Klimov y el comandante Vasily Glinka... Este

asunto no empieza a gustarme..., pero nada absolutamente — murmuró Rod cuando los dos hombres de la Policía de Seguridad Soviética quedaron claramente iluminados por la luz de uno de los reflectores.

—Hemos llegado tarde... pero aún podemos cumplir la orden — dijo Ed desenfundando la pesada «*Parabellum*».

—¿Qué piensas hacer? —preguntó su amigo.

—Alojarle un balazo en la cabeza a Von Lehmann cuando vaya a subir a uno de los coches —contestó fríamente Edwin.

—De acuerdo. ¿Quieres algo para tu familia? En el mismo instante que aprietes el gatillo nuestros amigos los «vopo» van a devolver parte de la metralla que nuestros bombarderos dejaron caer sobre Alemania durante la guerra. Demasiado plomo para un hombre solo.

—Será para dos —rectificó Edwin.

—Esto no me causa ninguna alegría, pero tomaré mi parte — contestó filosóficamente Rod sacando una pistola «Mauser» provista de un culatín de madera.

—No comprendo nada de lo que está ocurriendo. Klimov y Glinka no han subido en busca de Von Lehmann... y esto más bien parece una operación de captura que el encuentro entre unos amigos.

—¡Ya bajan! —murmuró Rod—. Primero dispararé yo, y si fallo, dispara tú —ordenó Ed levantando el largo cañón de «*Parabellum*».

—... Y después dispararemos todos; ellos nosotros.

Un hombre que arrastraba la pierna derecha y que lucía una enmarañada cabellera blanca fue empujado violentamente fuera de la casa. El empujón fue tan brutal que el anciano cayó de bruces y su rostro se hundió en un charco fangoso.

Nadie le ayudó a levantarse, ni el mismo comandante Glinka que era el que se hallaba más cerca. Se limitó a sonreír fríamente y cuando el profesor se levantó dijo claramente:

—¿Tengo que llamarle «*Herr*» o prefiere que use el «*Míster*»? No olvido que ahora es usted un súbdito del tío Sam.

Edwin, al oír estas palabras empezó a bajar el cañón de la pistola y miró sorprendido a Rod. Éste se limitó a encogerse de hombros y en su ancho rostro apareció una expresión de sorpresa.

A Edwin, aquella expresión le recordó una oveja que había visto

en los prados de Vermont. El animal era completamente blanco y había tenido dos corderos negros. El sorprendido animal no podía comprender aquello y estaba confuso.

Igual que la oveja de Vermont, también ellos estaban confusos. Franz von Lehmann no era tratado como un amigo dispuesto a facilitar una importante información, al contrario, era tratado como un enemigo.

El capitán de los «vopos» empujó al profesor hacia el interior de uno de los coches y lo hizo con el cañón de la pistola ametralladora. El coronel Klimov y el comandante Glinka ocuparon otro de los vehículos y la pequeña caravana de automóviles se puso en marcha bajo la torrencial lluvia.

El callejón volvió a quedar sumido en la penumbra. Solamente continuaba brillando la luz en la ventana que pertenecía a la habitación que hasta minutos antes había sido la residencia de Franz von Lehmann.

—Vamos a echar un vistazo a la casa. Quizás logremos encontrar algo interesante. Creo que lo que ha ocurrido esta noche cambia completamente los planes del inspector Newman. El profesor no es un traidor —dijo Edwin.

—No entiendo nada.

—¿Has ido a pescar alguna vez? —preguntó Ed.

—Sí, muchas veces.

—... Y siempre has usado un buen cebo, ¿verdad?

—¿Quieres decir que Von Lehmann ha hecho de inocente besugo en este asunto?

—Creo que sí —respondió Ed cruzando el estrecho callejón lleno de charcos de agua cenagosa.

V

LA escalera era de madera, muy empinada, con una barandilla que rezumaba humedad. A medida que los dos hombres iban ascendiendo, los gastados peldaños crujían como si fuesen a romperse en el momento menos pensado.

No había luz y el silencio era completo. Solamente quedaba roto por el gemido de los peldaños. Ed iba en primer lugar, empuñando la «*Parabellum*» y detrás seguía Rod con la «Mauser», a la que había quitado el culatín de madera.

Cuando llegaron al final de la escalera vieron una estrecha raya de luz que se escapaba por la ranura de una puerta mal ajustada.

—La habitación del profesor. Mí «socio», el chiquillo de los pantalones rotos, me dijo que esto había sido la casa de un hombre que fue ejecutado por la Gestapo —dijo Rod sin levantar la voz.

Ed hizo un ademán con la mano, indicando que iba abrir la puerta y su amigo se colocó en el centro del pequeño rellano, con la pesada «Mauser» dispuesta a barrer el interior de la habitación si había algún peligro.

Ed abrió la puerta violentamente. El golpe, asestado con el pie hizo crujir las maderas y sonó con la fuerza de un disparo. Ed se sorprendió porque esperaba que la puerta ofreciese más resistencia.

Los dos agentes del F. B. I., se quedaron completamente inmóviles, más confusos aún que aquella sorprendida oveja de Vermont al ver los negros montones de lana que le habían nacido.

En el centro de la habitación, con los largos cabellos rubios cubriendo parte de su rostro se hallaba una muchacha de unos veinte años. Llevaba pantalones azules, muy ajustados, siguiendo la moda de la juventud europea una blusa camisera abierta por el cuello y zapatos de lona.

Parecía una muchacha como las de París, Marsella, Madrid. Barcelona o de cualquiera de las ciudades americanas. Incluso los pantalones vaqueros tenían las vueltas claras.

—¡Malditos perros rusos! ¿Qué se os ha olvidado? ¿Acaso asesinarlos para que no podamos hablar?

La muchacha escupía las palabras con verdadero odio y cuando Ed penetró en la habitación, se abalanzó contra él, sin prestar la menor atención a la amenazadora pistola.

—¡Canalla!

El agente del

F. B. I.,

la sujetó fuertemente por una muñeca y apretó con fuerza hasta que la muchacha lanzó un grito de dolor y dobló las rodillas.

Ed sintió el contacto de su cuerpo contra el suyo y un estremecimiento recorrió su columna vertebral. Sin soltar a la muchacha dijo:

—No somos rusos ni deseamos hacerle ningún daño.

—¡Mientes, cochino traidor! —gritó la muchacha al oír las palabras de Ed pronunciadas en correcto alemán.

—Déjala, Ed —dijo Rod en inglés cogiendo a la muchacha en vilo e inmovilizándola.

Ésta no trató de soltarse, al contrario, permaneció quieta como una nutria dentro del agua cuando descubre la presencia de un peligro. A Ed, que se había criado en una granja le recordó una gallina cuando la apretaban fuertemente por las alas.

—¿Ingleses? —preguntó sin mover la cabeza.

Ed pensó que tenía un hermoso cuerpo y unos cabellos demasiado rubios y largos. Antes de que pudiese contestar, una débil voz salió de un rincón sumido en la penumbra diciendo:

—Suelten a mi hija. Ya hemos sufrido bastante... si no son rusos o de la Policía Popular, márchense. En esta casa no hay nada, solamente dolor y sufrimiento.

Era una voz de mujer y sonaba cansada, como perteneciese a una enferma. Ed se movió hacia un lado tratando de descubrir a la que hablaba.

Solamente vio una lámpara colocada, sobre un cajón que hacía de mesa, unos platos vacíos a su lado; unas paredes peladas y con manchas de humedad; un camastro en uno de los rincones... nada

más.

—Somos amigos del profesor Franz von Lehmann —dijo lentamente mientras cerraba la puerta que Rod había dejado abierta.

Observó que no tenía cerradura ni tan sólo un simple cerrojo. Aquella habitación solamente reinaba miseria y humedad. Una humedad que olía mal y que hacía que la miseria resultase aún más repugnante.

—¿Qué sabe de mi padre? —preguntó la muchacha a la que Rod continuaba sujetando sin que sus pies tocasen las maderas del suelo.

Ed miró a su amigo... y éste, cada vez más confuso soltó a la muchacha que se apresuró a correr hacia el camastro. Rod abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla sin pronunciar ninguna palabra.

También Ed estaba tratando de comprender que había dicho la muchacha. Durante el viaje desde Nueva York a Miami había leído el historial del profesor y sabía que tanto su esposa como su hija habían muerto en Berlín durante un bombardeo realizado por las fuerzas aéreas de los Estados Unidos.

—La esposa y la hija de Von Lehmann murieron —dijo finalmente mientras enfundaba la pistola.

—No, hubiese sido preferible... pero continuamos viviendo, si se le puede llamar vivir a sufrir constantemente —dijo la voz de la mujer que estaba en el camastro.

—¡Fuera de aquí! —gritó la muchacha abrazando a su madre como si intentase defenderla de un peligro.

—Un momento, muchacha. Antes has preguntado si éramos ingleses... —empezó a decir Ed dispuesto a jugarse una peligrosa carta y tuteando a la escultural muchacha—... somos americanos y buscamos a tu padre para devolverlo a los Estados Unidos. Si él hubiese confiado en nosotros quizás hubiésemos logrado evitar muchas cosas.

La muchacha se levantó y moviéndose lentamente, como si temiese recibir un golpe se aproximó al agente del

F. B. I.

Se detuvo cuando llegó delante de él y lo examinó con sus grandes ojos azules.

También Ed la miró detenidamente. Ambos se hallaban muy

cerca, de la lámpara colocada sobre el cajón que hacía de mesa y aunque algunas partes de sus rostros quedaban en la penumbra, ambos podían examinarse mutuamente.

La primera impresión que tuvo Ed fue que aquella muchacha tenía hambre, la segunda, que era demasiado bonita para sufrir... y la tercera fue demasiado violenta para que la comprendiese en aquellos instantes. Lo cierto es que nunca se había sentido tan impresionado por una mujer como se sentía en aquellos instantes.

—¡Hum!... —se dijo mentalmente—... es cosa del ambiente.

Durante la breve lucha, la blusa camisera se había abierto y el agente del

F. B. I.,

podía ver perfectamente el anhelante palpar del pecho de la muchacha. Se agitaba al compás de la entrecortada respiración y Ed veía las finas venas azules, el nacimiento de los senos... y la desesperada angustia que había en el fondo de aquellos ojos azules, orlados por profundas y acusadas ojeras que hablaban de sufrimientos y de hambres.

—No sé si eres un canalla o un hombre honrado. Nunca he podido conocer a mucha gente decente, sólo a hombres y mujeres que sufrían... pero voy a creerte —dijo lentamente la muchacha sin apartar sus ojos de los de Ed.

—Soy tu amigo, puedes confiar en mí y en mi amigo —dijo el agente del

F. B. I.

Por primera vez en su vida sintió deseos de abrazar a una mujer para ofrecerle su protección. Sus sentimientos eran una mezcla de compasión, lástima, deseo y cariño.

Una vez más pensó en la oveja de Vermont. También en aquella ocasión sintió lástima del animal y de los pequeños corderos negros a los que su madre miraba como algo extraño. Sintió cariño hacia los dos pequeños que no eran aceptados por su madre y...

—¡Maldita oveja!... —se dijo para sí mismo—... parece que no la puedo olvidar. Esta muchacha no tiene nada de oveja ni de cordero negro, además, ya no soy un colegial para impresionarme tanto. Tendré que pensar en Carrie para volver a la realidad.

Carrie era un explosiva bailarina de un «cabaret». Como bailarina no pasaría a la historia, pero como mujer complicada,

caprichosa y llamativa tenía derecho a ocupar un sitio al lado de Cleopatra y Mesalina.

A Ed le había costado muchos dolores de cabeza... y también algunos dólares. Él la llamaba el «Tratado completo de anatomía» y el inspector Newman la llamaba de otra forma que no era apta para menores de cuarenta años, pero el inspector era el inspector.

—Nada podemos perder, Elke... porque ya lo hemos perdido todo. Esta misma noche, se han llevado lo único que nos quedaba, tu padre. Solamente lo hemos tenido a nuestro lado durante unas horas, para que nuestra soledad resultase aún mayor. Habla, hija... y que Dios tenga piedad de nosotras.

—Necesito un trago —murmuró Rod que se sentía bastante incómodo.

—Creo que yo también.

—En el carretón tengo algo... y también comida. Voy a buscarlo —dijo Rod.

Edwin Tucker apartó la mirada del rincón donde se hallaba el miserable camastro y miró a la muchacha. Dio un paso adelante pero Elke no se movió, como si deseara cerrarle el paso.

El agente del F. B. I., le apartó suavemente y después, con lentos movimientos quitó el cartón que hacía las veces de pantalla. La luz se desparramó por toda la habitación y Edwin se aproximó a la esposa del profesor von Lehmann.

Un nudo se formó en su garganta cuando vio las demacradas facciones de la mujer. Gretchen von Lehmann tenía que tener alrededor de cincuenta años, pero aparentaba ochenta.

Era una anciana de cabellos grises, descoloridos y sucios que caían sobre sus hundidas mejillas. Los grandes ojos azules, muy parecidos a los de la muchacha estaban apagados, sin vida. Aquella mujer parecía hallarse al borde de la tumba y había perdido el deseo de vivir.

La esposa del profesor pareció adivinar los pensamientos de: agente del

F. B. I.,

porque torció levemente los labios tratando de esbozar una triste sonrisa y dijo:

—El sufrimiento, el hambre y las penalidades no son los mejores tratamientos de belleza. Tengo cincuenta y dos años y parezco una

anciana de ochenta. Hasta hace pocos momentos todavía sentía el deseo de vivir... ahora ya no. Solamente deseo acabar pronto, muy pronto, porque sé que nunca más volveré a ver a mi esposo.

—Mi madre ha resistido durante estos dieciséis años porque tenía la seguridad de que volvería a reunirse con mi padre, pero ahora, después de habérselo llevado los «vopos», sabemos que jamás regresará a nuestro lado —dijo suavemente Elke pasando una mano cariñosamente por la atormentada frente de su madre.

—Es fácil que logremos salvarlo —murmuró el agente.

Interiormente se preguntó si estaba mintiendo o realmente estaba convencido que el profesor volvería al lado de su familia. Formuló la pregunta pero no se la contestó. Era mejor dejar la respuesta en blanco.

—Nadie sale con vida del poder de los «vopos»... y menos si la MVD soviética ha intervenido. Sabemos que el coronel Klimov y el comandante Glinka desean llevarse a mi padre a Rusia —contestó Elke.

Antes de que Edwin pudiese añadir algo más para llevar un poco de consuelo a aquellas mujeres oyó el crujir de los peldaños e instintivamente desenfundó la «*Parabellum*», pero Elke dijo:

—Es tu amigo. Las botas de la Policía son inconfundibles... y todos los berlineses hemos aprendido a conocerlas.

La puerta se abrió y apareció Rodnev Kent con los brazos llenos de paquetes. Cruzó la habitación haciendo retemblar el suelo de madera y dejó su carga sobre el cajón.

—No hemos cenado, muchacha... y estamos chorreando —dijo Rod alegremente.

Los ojos de la hija de von Lehmann brillaron de alegría al descubrir un par de botes de leche condensada, café, pan y dos botellas de vino.

El agente del

F. B. I.,

se apartó del cajón y del interior del pantalón, entre el cinturón y la camisa sacó una botella de «*whisky*» que se apresuró a descorchar con una navaja.

—Creí que solamente vendías verduras —comentó burlonamente Ed.

—Esto es para el público en general. Verás, sé que los berlineses

orientales tienen problemas con la comida. Antes cruzaban la línea divisoria e iban a hacer sus compras a los sectores americano, inglés y francés, pero desde hace algún tiempo las autoridades soviéticas vigilan más estrechamente y...

—Comprendo, tú has pensado que con comida se logran muchas cosas —interrumpió Ed.

—Exacto, siempre he pensado que eras un chico listo.

—Has tardado bastante —dijo Ed.

—He estado hablando con mí «socio». Verás, estamos en Berlín Este...

—Ya me he dado cuenta —interrumpió nuevamente Ed.

—... y el

F. B. I.,

no pinta nada. Somos un cero a la izquierda y si andamos haciendo muchas preguntas es fácil que alguien nos aloje un proyectil en la nuca y nuestros cadáveres aparezcan flotando en alguno de los canales —siguió diciendo Rod sin hacer caso de la interrupción.

—Elke, puede preparar algo para cenar —dijo Ed al observar que la muchacha continuaba mirando los alimentos como si no se atreviese a tocarlos—... v el café me gusta muy fuerte.

Elke extendió la mano derecha para acariciar suavemente los paquetes de comida mientras lágrimas resbalaban por sus mejillas. Rod hizo un ademán con la cabeza para impedir que su amigo hablase nuevamente a la muchacha.

—Déjala, Ed. Tú nunca has pasado hambre, yo sí, por eso no me extraña la reacción de la muchacha. Quizás cuando nos cuenten su historia comprendas que hay dos clases de hambre. Una de ellas es la de pasarse una serie de días sin comer nada; la otra, es comer poco durante meses y años. De las dos, la segunda es la peor —dijo Rod en voz muy baja para que solamente pudiese ser oído por su amigo.

—Creo que tienes razón.

—Siempre la tengo. Bien, como te iba diciendo, en Berlín Este necesitamos un servicio de información... los chiquillos son los únicos que pueden ayudarnos. Ellos no llaman la atención en ninguna parte y se meten en todos los sitios. Mí «socio» Karl es el jefe de una pandilla de sinvergüenzas que se dedican a robar provisione en todos los almacenes y depósitos del Ejército Rojo. Él

nos dirá dónde ha sido conducido el profesor Von Lehmann —dijo Rod lanzando un suspiro de alivio cuando logró sacar el tapón de la botella de «*whisky*».

—Dudo que los chiquillos puedan facilitan alguna información —contestó Ed.

—Estás completamente equivocado, Ed. No o vides que yo crecí en Harlem, entre las pandillas del barrio más peligroso de Nueva York. Nosotros sabíamos más sobre los movimientos de la Policía que el mismo jefe y en el año 30 los «polis» no lograron capturar ni un solo barril de cerveza en Harlem. ¿Sabes por qué?... porque los chiquillos dábamos el soplo.

—Estoy pensando que has sido un perfecto sinvergüenza —dijo Ed sonriendo.

—Tengo que confesarte que aún lo continúo siendo —añadió Rod después de beber un largo trago de «*whisky*».

Elke había sacado un viejo hornillo de petróleo y lo había encendido. Un apestoso olor se extendió por el interior de la habitación.

La muchacha levantó sus profundos ojos azules y los fijó en el rostro de Ed. Aún había en ellos el brillo de las lágrimas, en cambio, había desaparecido el odio y el rencor.

—Tienes que perdonarme. Estoy tan acostumbrada a ver enemigos a mi alrededor que cuando veo un amigo, no sé reconocerlo —dijo suavemente.

—¿Cómo sabes que soy tu amigo? —preguntó Ed que encontraba inesperado placer al hablar con la muchacha.

—Pos esto —contestó sencillamente Elke haciendo un gesto con la mano que abarcó todas las provisiones.

—No le extraña. Nuestros enemigos nunca nos han dado comida y mi hija, igual que muchos alemanes, ven un amigo en el hombre que se la da sin pedir nada a cambio —dijo la esposa del profesor.

—Pero yo voy a pedir algo a cambio —contestó Ed.

Elke se llevó ambas manos al escote, como si deseara defenderse de un brutal ataque. Nuevamente apareció el odio, el miedo y de terror en sus grandes ojos azules.

Se olvidó completamente de la comida y retrocedió hasta que su espalda tropezó con la pared. Solamente entonces dejó de retroceder, pero sus aterrados ojos no se apartaban de Ed.

Éste observó cómo las aletas de la fina nariz se estremecían y pensó que aquella muchacha tenía una gran vitalidad dentro de su maravilloso cuerpo. Estaba asustada, llena de pánico... pero a pesar de ello estaba dispuesta a luchar.

—No, Elke, este hombre no te desea —dijo Gretchen von Lehmann para calmar a su hija.

Ed iba a decir que sí la deseaba y que quería tenerla a su lado toda la vida y...

—No te asustes, Elke —dijo Rod interrumpiendo los pensamientos de su amigo—... Ed es un buen chico, pero algo bruto. Ni él ni yo vamos a pedirte nada a cambio de la comida, solamente queremos saber algo sobre tu padre.

Ed sintió deseos de estrellar la botella que tenía en la mano derecha por su falta de tacto. En aquel asunto de la muchacha estaba cometiendo error sobre error. Al comprender lo que Elke había pensado puso una cara tan estúpida que la asustada muchacha dejó escapar una pequeña risa que tuvo la virtud de alterar los nervios del agente del

F. B. I.

—Prefiero tratar con Klimov y Glinka —murmuró sin saber qué hacer con la botella.

Rod fue en su ayuda apoderándose del «*whisky*». Bebió otro trago y secándose los labios con el dorso de la mano dijo:

—Cuando terminó la guerra encontré a unos chiquillos alemanes. Recuerdo perfectamente que estaban completamente aterrados y que llevaban varios días sin comer. Cuando les di comida, ninguno comió; miraban al suelo y se estremecían, me costó mucho convencerlos de que no pensaba hacerles ningún daño... y al fin lo conseguí, pero necesité mucha paciencia.

—Si te gustan tanto los chiquillos no comprendo cómo aún continúas soltero —gruñó Ed.

—Me gustan los de los demás —aclaró Rod que siempre había sentido un pánico enorme al matrimonio.

—Elke nació en el año 1939. Creo que sus primeras impresiones las tuvo cuando la Gestapo detuvo a su padre; después los bombardeos, nuevamente la Gestapo, el hambre, el miedo, el ruido. Así, entre temores creció Elke. Más tarde, destrucción de nuestro hogar, la desaparición de su padre, los campos de concentración

rusos; frío, hambre, pánico y golpes. Violaciones ante mis ojos, asesinatos, brutales atropellos. Nunca he llegado a comprender cómo mi hija aprendió reír... y hacía tiempo que no oía su risa — dijo Gretchen von Lehmann.

—Siento haberte asustado, pequeña —dijo lentamente Ed.

—... y yo haber interpretado mal tus palabras —contestó Elke regresando al lado del fuego. Poco después, un agradable olor a café se extendía por la habitación, ahogando el desagradable y apestoso de la humedad y del petróleo. Los cuatro seres que se hallaban en la reducida estancia comieron en silencio.

VI

EL antro subterráneo, húmedo y maloliente donde se hallaba recluido el profesor Franz von Lehmann, tenía más parecido con un calabozo de la Edad Media que con una celda de u prisión del siglo XX aunque esta prisión se hallase en el Berlín Este.

El suelo era barro, sucio y muy pisoteado. No existía ninguna clase de ventilación y el aire era pesado y lleno de humedad. Apenas media tres metros de largo por dos de ancho y estaba sumido en la más completa oscuridad.

Un camastro se hallaba empotrado en la pared y la puerta era de gruesa madera recubierta con una plancha de hierro oxidado. Hasta él no llegaba el menor ruido procedente del exterior. Solamente oía las acompasadas pisadas del «vopo» que montaba la guardia en el largo corredor. Aquel rítmico ruido le recordaba el gotear agua en un charco.

Franz von Lehmann tenía una larga experiencia en calabozos. En la Alemania de Hitler había recorrido bastantes a causa de su sangre judía, pero la suerte no lo había abandonado; al final de la guerra continuaba vivo, cosa bastante extraña en un hombre que había estado en las garras de la Gestapo.

También en aquellas ocasiones había un hombre uniformado llevando una pistola ametralladora en el brazo y haciendo acompasados paseos por el corredor.

Von Lehmann pensaba que todo continuaba igual que veinte años atrás. Las mismas botas altas, negras y relucientes; los mismos métodos, los mismos calabozos y también los mismos desgraciados encerrados en ellos.

Había cometido un enorme error al salir de los Estados Unidos, pero en aquellos instantes no podía rectificarlo. En realidad no

podría hacerlo nunca. El coronel Klimov y su frío acompañante, el comandante Glinka se había encargado de explicarle detalladamente su situación.

Si regresaba a los Estados Unidos, el
F. B. I.,

lo detendría y el Gran Jurado Federal se encargaría de juzgarlo y condenarlo a muerte por el delito de traición.

Después de haber sido sacado violentamente de la casa que en Berlín Este ocupaban su esposa e hija, el profesor había sido trasladado a una de las prisiones de la «Volkspolizei», situada en los arrabales del Berlín Oriental.

Dos «vopos» lo condujeron hasta un amplio despacho y uno de ellos lo empujó hacia el interior sin ninguna consideración. La puerta se cerró a sus espaldas y los agentes quedaron en el corredor, esperando órdenes.

—Buenas noche, *Herr* profesor —dijo la burlona voz de Vasily Glinka.

—Acérquese a la mesa, Von Lehmann —ordenó el coronel Klimov que se hallaba cómodamente sentado en un sillón de cuero rojo.

El profesor dio media docena de pasos, arrastrando su pierna derecha. Lo hizo con grandes dificultades porque los «vopos» le habían quitado el bastón para apoyarse.

Se detuvo delante de Klimov y los ojos de ruso brillaron alegremente por encima de la mesa, como si se hallase muy satisfecho de tener a profesor en su poder.

—Creo que está usted metido en un gran conflicto, *Herr* profesor. Se halla en el sector soviético, con un pasaporte diplomático falso... y es súbdito americano. Tres delitos muy graves en la República Popular Alemana; pase ilegal de frontera, falsificación de documentos y espionaje por cuenta de una potencia capitalista —siguió diciendo Klimov enumerando los «delitos» con los dedos.

—Deseo regresar a los Estados Unidos. Todo ha sido una sucia trampa montada por ustedes Soy súbdito norteamericano y conozco mis derechos. Quiero hablar con las autoridades americanas —contestó Franz von Lehmann lentamente.

—No le aconsejo que regrese a los Estado Unidos, camarada. Allí

le espera el

F. B. I.

y un jurado federal para mandarlo a la cámara de gas o a la silla eléctrica —contestó Glinka sin que un solo músculo de su aniñado rostro demostrase la menor atención.

—No he cometido ningún delito. Puedo regresar... y regresaré, además, me acompañarán mi esposa e hija.

—¡Ah, sí, la camarada Gretchen von Lehmann y su rubia hija!...

—exclamó Klimov como si oyese hablar de ellas por primera vez.

—¿Te has encargado de que sean detenidas, Glinka?

—No, coronel. Si intentan pasar el sector americano pueden hacerlo... pero no lo harán.

—¿Por qué? —preguntó Klimov contemplando sus uñas.

—Porque han sido advertidas que si lo hacen, su padre será ejecutado rápidamente.

—No obstante, hay que detenerlas inmediatamente para que nuestro amigo americano las tenga cerca y esto calme sus alterados nervios de imperialista —ordenó Klimov.

Glinka se dirigió hacia la puerta, dio unas secas órdenes en ruso y después regresó al lado de la mesa. El coronel Klimov, sin mirarlo dijo:

—Explícale a nuestro huésped lo que le ocurrirá si regresa a los Estados Unidos.

—Será detenido por el asesinato de Otto Kühn. El excoronel de las S. S. fue muerto a balazos en el Central Park de Nueva York... con su revólver, *Herr* profesor. Además, hay testigos que jurarán haberle visto a usted con el fallecido Klíhn.

—¡El revólver me fue robado en Vanderberg, igual que mi documentación! —exclamó Von Lehmann que empezaba a ver claro.

—Muy lamentable. ¿Dio parte a la Policía americana? —preguntó Klimov.

—No... pensé que... no presenté la denuncia —contestó el profesor confuso.

—Más lamentable aún. Será acusado del asesinato de Kühn.

—Además, *Herr* profesor, usted huyó de los Estados Unidos usando un pasaporte falso y un nombre también falso. Se trasladó a Berlín... y está hablando con nosotros. Esto es suficiente para el

F. B. I.;

traición y entrega de secretos militares a los enemigos del tío Sam.

—Puedo demostrar que acudí engañado y ...

—¿Cómo va a demostrarlo? Kühn, el único hombre que podía declarar, fue asesinado por usted mismo. Además, antes de abandonar los Estados Unidos, usted se dedicó a crear una serie de pistas falsas para engañar a los hombres del

F. B. I.

—siguió diciendo el comandante Glinka.

Franz von Lehmann se tambaleó. Todo estaba perfectamente planeado por los hombres de la MVD. Para que no le quedase ninguna duda, el comandante Glinka, con gran cinismo le explicó todo el plan.

—No quiero que tenga ilusiones, *Herr* profesor, nunca regresará a los Estados Unidos. Escuche atentamente. Hace algunos meses sacamos a Orto Kühn de uno de nuestros campos de concentración, también dejamos en libertad a su esposa y a su pequeña Elke. Las mujeres fueron trasladadas a esta ciudad mientras Kühn recibía una larga serie de instrucciones. Cuando supo lo que tenía que hacer viajó hasta los Estados Unidos con el nombre de Kurt Rein. Le llamó a usted a la base de Vanderberg y le dijo que conocía el paradero de su esposa e hija. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Bien, usted siguió las instrucciones que dio Kühn y abandonó rápidamente la base. Se trasladó a Nueva York con el nombre de Barton, entrevistó con Kühn, recibió una serie de documentos falsos y un pasaje para París pero yo también me hallaba en Nueva York vigilando su viejo amigo Kühn.

—Y yo —añadió Klimov que recordaba perfectamente la noche en que habían asesinado a Kühn en los muelles de Miami.

—Mientras usted se alejaba de Central Park, yo acabé con Kühn. Merecía la muerte por su traición durante la guerra y lo ejecuté con su revólver. El arma, igual que su documentación habían sido robadas por uno de nuestros agentes. La Policía encontró el cadáver y el revólver.

—¡Canallas!

—Otro cadáver apareció flotando en el puerto Miami... y tenía sus documentos, *Herr* profesor. Podría explicarle otros pequeños

detalles, pero creo que ya sabe bastante. Nunca regresará los Estados Unidos. Necesitamos su colaboración para construir un proyectil antcohete... exactamente igual al que están construyendo en base de Vanderberg.

—¡Nunca lo lograrán! —explotó el profesor tratando de golpear al comandante Glinka.

Un brutal puñetazo en la sien lo mandó al suelo y cuando intentó levantarse, Glinka le asestó una salvaje patada en el rostro que le hizo perder el conocimiento. Iba a pegarle nuevamente cuando el coronel Klimov dijo:

—Ya está bien, comandante Glinka. A este hombre lo necesitamos vivo y no muerto. Ordena que lo encierren en uno de los calabozos y encárgate de que las mujeres sean encerradas cerca de él, para que vea que no bromeamos.

—Deja cuerdo, coronel Klimov; pero creo que una buena paliza le ayudaría a ser más manso.

—Todo llegará. De momento y para que los americanos y sus aliados no puedan chillar mucho, dejaremos a Franz von Lehmann en manos del camarada fiscal del Estado. Él lo condenará a varios años de cárcel por actividades de propaganda nazi... lo que sumirá a los americanos en un mar de dudas y confusiones. Así, nunca podrán pensar que el asunto ha sido planeado por nuestro servicio.

—Un fiscal alemán juzgando a un delincuente alemán... a pesar de su nacionalidad americana. Creo que desde Moscú llegará una recompensa para nosotros.

—No hay mayor recompensa que servir al pueblo.

Incluso el mismo Klimov se sorprendió de la frase. Tanto a él como a Glinka, el pueblo le importaba un rábano, pero la frase fue oída por los agentes de la Policía alemana que entraron a coger el cuerpo inconsciente del profesor y se sintieron muy satisfechos.

Cuando Von Lehmann recobró el conocimiento ya se hallaba en el interior del oscuro, húmedo y maloliente calabozo. Allí tuvo ocasión de pensar con calma el enorme error que había cometido al abandonar los Estados Unidos.

Su huida quedaba justificada por el enorme deseo que tenía de reunirse con su esposa e hija.

Otto Kühn le había engañado y el desgraciado había pagado el engaño con su vida. No le guardaba ningún rencor... pero deseaba

regresar a los Estados Unidos y recobrar la calma y la paz que allí disfrutaba.

Pensó en su esposa y en Elke y se estremeció al recordar la orden dada por Klimov. ¡También ellas serían detenidas y sufrirían la misma suerte que él! El camino de regreso a los Estados Unidos quedaba cerrado para siempre.

Tendría que acceder a construir el proyectil antcohete si quería que sus seres amados continuasen viviendo. Conocía perfectamente los métodos empleados por la MVD.

... pero lo que no sabía Franz von Lehmann era que el

F. B. I.,

se hallaba en acción y que dos de sus mejores hombres se encontraban al lado de su esposa e hija, mientras otros permanecían en el sector americano dispuestos a entrar en la lucha si era necesario.

El golpe asestado por la MVD había sido planeado durante meses, escogidos los hombres que tenían que representar los falsos papeles como profesores von Lehmann, incluso el viejo «Sink», la rata de muelle, había sido elegido de antemano a causa de su cojera.

Había sido una labor delicada y realizada sin risas. Falsificación de documentos, el robo de la documentación de von Lehmann así como el revólver, las trampas colocadas delante de los hombres del

F. B. I.,

para que el verdadero profesor pudiese salir de la nación y por último, el cebo de las dos mujeres colocado en el Berlín Este.

EL profesor había acudido como un inocente ratón al olor del queso... pero lo que no sabían Klimov y Glinka, era que también habían acudido dos hombres que no tenían nada de ratones.

La larga y concienzuda tarea realizada por MVD había sido perfecta, pero el trabajo de los hombres del

F. B. I.,

había sido mejor y más rápida. La suerte se había colocado al lado de Klimov y Glinka cuando von Lehmann pudo subir al avión e incluso tuvieron más suerte cuando azafata permaneció quince días en París. Pero la suerte tiene nombre de mujer y cambia de pareja cuando le parece.

Mientras Franz von Lehmann era interrogado por los dos

hombres de la MVD, el agente especial Edwin Tucker escuchaba atentamente relato que le hacía Elke.

—... hace unos meses nos sacaron del campo nos trasladaron a esta ciudad. Observé qué se nos vigilaba constantemente, pero no presté mucha atención porque era una cosa normal. Ayer al anochecer un muchacho trajo una nota que solamente decía: «Franz von Lehmann se halla en el sector francés». Fui hacia allí y cuando iba a cruzar la línea divisoria, un policía lo impidió... y al llegar a esta casa, cuando apenas me había sentado, entró mi padre.

Lo que no sabía Elke era que entre los documentos que Kühn había entregado a su padre iba una fotografía suya... y que ella había servido de inocente cebo para cazar a su padre.

Edwin Tucker comprendió rápidamente la verdad de lo ocurrido. Los hechos ocurridos en la base de Vanderberg, en el Central Park de Nueva York, en el aeródromo de La Guardia, la muerte de «Sink» en Miami y la presencia de las dos mujeres en Berlín. Todo formaba parte de un plan diabólico, donde estaba en juego la libertad de Franz von Lehmann.

La presencia de Klimov y Glinka demostraba el enorme interés que la MVD soviética tenía en apoderarse del profesor. El agente del F. B. I.,

pensó que habían cometido una gran equivocación al pensar que von Lehmann había huido de los Estados Unidos para pasarse a los rusos.

—Hicieron todo lo posible para que lo creyésemos. No dudaron en matar a dos hombres para crear pistas falsas... aunque en realidad Kühn fue eliminado para evitar que hablase. No creo que el profesor sea juzgado por el Jurado Federal cuando regrese a los Estados Unidos... si es que regresa alguno de nosotros. La MVD se aprovechó de sus sentimientos de esposo y padre para arrastrarlo hasta aquí. No lo raptaron... pero hicieron algo peor: jugaron con él como si fuese un niño —se dijo mentalmente Ed.

—No comprendo cómo no han detenido a la esposa y a la hija de Von Lehmann. Si el profesor se niega a colaborar, ellas pueden ser para los rusos una importante fuente de continua presión —dijo Rod en voz alta.

—Quizás piensen que Von Lehmann no tendrá ningún inconveniente en trabajar para ellos... y quizás Klimov ha cometido

un error —dijo Ed.

—Lo mejor es desaparecer inmediatamente de esta casa aconsejó Rod.

—Mi madre no se halla en condiciones de andar. Está muy delicada y la lluvia de esta noche podría empeorar su estado —dijo Elke.

—Si es encerrada en uno de los calabozos de la
M. V. D.,

o de la Policía popular, aún se pondrá peor. Es necesario abandonar esta habitación —insistió Rod.

—¿Dónde iremos? No tenemos amigos en Berlín; nuestra casa fue destruida durante un bombardeo, mientras nosotras nos hallábamos en una de las estaciones del metro —dijo Elke.

—Pasarás a la zona americana y tu madre irá contigo —contestó Rod.

—Allí estaréis seguras. Nosotros necesitamos tener las manos libres para poder sacar a tu padre del poder de la
M. V. D.

—añadió Ed.

—¿Cómo cruzaremos la línea divisoria? Mi madre no puede andar y es completamente inútil contar con un coche.

—Con mi carromato. Tu madre irá en él y tú andarás a mi lado, como si fueses mi ayudante. Vamos, no podemos perder más tiempo. Cuando se trata de estos tipos de la
M. V. D.,

hay que actuar con rapidez —contestó Rod.

Se dirigió hacia el camastro y sin ningún esfuerzo levantó en vilo el agotado cuerpo de Gretchen von Lehmann. Elke colocó una manta cubriendo a su madre y después ella cogió una chaqueta verde con el distintivo de la Juventud Comunista Libre.

—No sabía que eras una fiel seguidora de las doctrinas de Marx y Engles —dijo burlonamente Edwin.

—¡No lo soy! —Siento asco cada vez que me pongo esta chaqueta... pero soy joven y quiero conocer la vida; ya estoy harta de campos de concentración, habitaciones estrechas, húmedas, sucias... y de pasar hambre— exclamó Elke con furia.

—Vamos —ordenó Rod desde la puerta.

—¿Dejamos estos comestibles? —preguntó Elke lanzando una

triste mirada.

—En el otro lado no te faltará nada —contestó Ed pasando un brazo alrededor de los hombros de la muchacha.

Sintió como ésta se estremecía y sonrió para tranquilizar a la muchacha. Elke levantó la cabeza y miró fijamente al agente del F. B. I.,

seguramente vio algo en los ojos de él porque instintivamente levantó la mano y acarició la del hombre diciendo.

—Por primera vez en mi vida me siento segura al lado de un desconocido.

—Bien, yo no lo soy, no olvides que soy tu amigo.

—Sí, tienes razón, el primer amigo que he tenido en toda mi vida. Me gusta estar a tu lado. Aún no sé tu nombre... ¿No parece extraño?

—¿El qué?

—Que haya confiado en ti sin saber cómo te llamas.

—Mi nombre es Edwin Tucker... y espero qué ahora ya confiarás más.

—Edwin Tucker... Edwin Tucker... —repitió Elke como si quisiera acostumbrarse al sonido de aquellas palabras—... me gusta.

Se levantó sobre las puntas de los pies y besó los labios del agente. Fue un beso suave, sin pasión pero inmensamente cariñoso. Ed, que era gato viejo y que había perdido los bigotes detrás de las mujeres, sintió una extraña emoción al recibir la caricia. Comprendió que Elke estaba ansiosa de amor y de afecto... y decidió dárselo cuando aquella aventura en el Berlín Este hubiese terminado.

—En Alemania, las mujeres besan a sus amigos —dijo solamente Elke a modo de explicación.

—También en los Estados Unidos... por lo tanto te debo un beso.

—¿Por qué no me lo das? —preguntó Elke deteniéndose en la mitad de la escalera.

—Ahora no, más tarde, cuando estemos en un lugar seguro —respondió Ed acariciando los largos cabellos de la muchacha.

Continuaba lloviendo torrencialmente cuando salieron a la calle. Corrieron entre los cenagosos charcos y se reunieron con Rod en el patio que había formado parte del garaje.

El agente del

F. B. I.,

había colocado todas las provisiones en el abandonado desván y después, con la ayuda de Ed, puso a la esposa del profesor sobre el carretón y la cubrió la lona para defenderla de la lluvia y al mismo tiempo ocultarla de las miradas curiosas.

—Éste es un excelente lugar para estar oculto. Si los de la D. V. D.,

regresan para detener a las mujeres, no creo que se les ocurra buscarlas aquí y si se les ocurre, ya te entenderás con ellos dijo mientras cogía la manta que había servido para cubrir a Gretchen.

—¿Adónde vas? —preguntó Ed al ver que su amigo se alejaba nuevamente.

—A recoger las provisiones que hemos dejado la habitación —contestó Rod sin detenerse.

Ed comprendió que su amigo tenía razón. Si los hombres de la M. V. D.

o los «vopos» regresaban para detener a Gretchen y a Elke, no debían encontrar los paquetes porque rápidamente hubiesen comprendido que alguien procedente el otro sector había estado con las mujeres... y no era prudente asustarlos antes de tiempo.

—¿Volveremos a vernos, Edwin? —preguntó Elke buscando la protección del cuerpo del agente como si desease hallar un poco de calor.

—Espero que sí... siempre he sido un hueso bastante duro de roer.

—Tú no conoces a los rusos ni a los hombres e la «Yolkspolizei». Son perros acostumbrados morder... y a roer huesos —contestó Elke.

—Para dar ánimos eres un verdadero tesoro —dijo Ed sonriendo.

Rod reapareció chorreando agua como un pulpo recién pescado. Su ancho rostro, lleno de fealdad estaba iluminado por una amplia sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Dejó la manta en el desván y dando unos cariñosos golpes sobre la lona dijo:

—Vamos a emprender la marcha. No se preocupe, señora von Lehmann, dentro de una media hora o quizás antes estaremos en el sector americano, entre buenos amigos. Vamos, Elke ayúdame a empujar. No es que necesite tu ayuda, pero así pareceremos un padre y una hija trabajando duramente para ganarnos el pan... y el

vino.

—Adiós, Edwin —susurró Elke.

—Buena suerte, muchacha —contestó Ed.

—Hablaré con el inspector Newman y le explicaré todo lo ocurrido. Él se hará cargo de las dos mujeres... y no salgas del desván; yo regresaré muy pronto —dijo Rod empezando a empujar el carretón.

Ed permaneció en el patio aguantando el agua que caía del cielo hasta que las dos figuras se perdieron en la oscuridad. Solamente entonces dio media vuelta y se encaminó hacia el desván.

Diez minutos después de la marcha de Rod y de las dos mujeres, el estrecho callejón volvía a llenarse con el ruido de los coches, los cuchillos de luz que brotaban de los reflectores y las secas órdenes dadas en alemán.

Los «vopos» habían regresado para apoderar se de su presa. El agente del

F. B. I.,

empuñando la «*Parabellum*», dispuesto a defenderse si los «vopos» intentaban registrar el derruido edificio pero no fue necesario.

Cuando descubrieron la huida de las mujeres lanzaron una serie de maldiciones y se alejaron sin registrar el callejón. Continuaba lloviendo y el cielo era una enorme mancha negra surcada por relámpagos azulados.

VII

-SI llegamos a retrasarnos un cuarto de hora, los «vopos» nos hubieran cazado como inocentes palomitas en el palomar —dijo alegremente Rod cuando se reunió con su amigo en el desván.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó Ed pensando en Elke.

—No tuvimos el menor tropiezo, pero al regresar el escenario había cambiado. He cruzado la línea divisoria por la Postdamplatz y en ella había hasta una docena de «jeeps» aparcados y los «vopos» examinaban detenidamente a todas las personas que se hallaban en la plaza. A mí, como no intentaba salir del sector soviético sino entrar, no me dijeron nada, pero me temo que durante algunos días las autoridades de la República Popular Alemana van a tomar muchas medidas para evitar que puedan escapar las personas que ya están hartas de resistir las incomodidades de esta zona.

—Tenemos que localizar rápidamente el lugar donde se halla encerrado el profesor Von Lehmann. Nos exponemos a que sea sacado de Berlín y si esto ocurre, nuestra misión habrá fracasado completamente.

—Mí «socio» Karl me proporcionará información. He hablado con el inspector Newman y me ha dado una dirección donde podremos permanecer ocultos si logramos liberar al profesor... y aprovechando el viaje he vuelto a cargar el carretón, aunque esta vez he añadido algunas «chucherías» —contestó Rod.

Los dos hombres del

F. B. I.

durmieron profundamente en el desván y cuando se despertaron, ya el sol había salido. El día prometía ser hermoso, la lluvia había cesado y el cielo ofrecía el aspecto de haber sido lavado por las nubes que habían descargado la tormenta durante la noche.

Ni Rod ni Ed tenían un aspecto muy agradable. Estaban sucios, con manchas de barro en las ropas, barbudos y despeinados. Rod contempló a su amigo y dijo.

—Vamos a la dirección que me dio el inspector... y siento decirte que no pareces un capitalista. En otras circunstancias te habría dado un centavo si te hubiera encontrado en la calle. Tienes toda la «pinta» de un mendigo.

—Siento no poder decir lo mismo de ti... me recuerdas un oso pardo. Vamos, oso —contestó Ed dando una fuerte palmada a la ancha espalda de su amigo.

Empujando el carretón, como dos honrados vendedores ambulantes, salieron del callejón y se dirigieron hacia la Weinheimstrasse.

—La casa está cerca del canal de Teltow que también sirve de frontera entre las dos zonas. Si las cosas van mal, siempre nos queda el consuelo de echarnos al agua —comentó Rod mientras empujaba.

—Triste consuelo —gruñó Ed sin dejar de observar todo lo que ocurría a su alrededor.

—Menos es nada... y debo decirte que estás perdiendo el tiempo. No encontrarás al profesor andando por la calle, seguramente en estos instantes se está bebiendo el agua negra que sirven en las cárceles de los «vopos» con el nombre de café.

—Lo sé —gruñó solamente Ed.

La casa de la Weinheimstrasse no ofrecía un aspecto mucho más agradable que la que había ocupado la familia del profesor. La fachada estaba sucia, llena de desconchaduras, sin cristales las ventanas y con señales de balazos en las paredes.

—Ya hemos llegado —dijo secamente Rod como si la casa fuese el hotel Astoria de Nueva York.

Con su poderoso puño golpeó la puerta de madera y después retrocedió un par de pasos. No tardó en abrirse una de las ventanas del único piso y por ella apareció una cabeza de cabellos blancos, rostro anguloso y desconfiados ojos.

—No quiero comprar nada; no tengo dinero —gruñó el hombre.

—Hola. ¿Usted es *herr* Kluber? —preguntó Rod señalando sus dientes con la sonrisa de los vendedores ambulantes.

—Soy Kluber... a secas. Hace años perdí el «*herr*»; —fue la poco

amable contestación.

—Tiene usted muy buen aspecto a pesar del madrugón —siguió diciendo Rod mientras lanzaba una rápida mirada a su alrededor.

—Le advierto que aún conservo una escopeta de caza y que mi pulso es bueno —dijo el hombre de la ventana.

—Ya lo sabía, *herr* Kluber, ayer mismo me lo estaba diciendo su prima Hildegarde —contestó alegremente Rod.

—¿Qué le dijo la tonta de Hilda? —preguntó Kluber sin cambiar la expresión de su rostro.

—Qué usted tenía una escopeta y que tiraba como los ángeles, bien, suponiendo que los ángeles sepan manejar una escopeta de dos cañones fabricada en el año 1939 en Bélgica.

—Hildegarde es una charlatana.

—Sí, lo es, pero dice cosas muy interesantes. Ayer me contaba que usted tenía una granja en Baviera antes de la guerra y que se dedicaba a criar caracoles que después mandaba a Francia.

—La tenía, pero no de caracoles.

—... y que ahora se dedica a la cría de ranas que después vende a los jefazos de esta zona —siguió diciendo Rod como si recitase una lección aprendida de memoria.

—Hilda es estúpida.

—Sí, señor, estúpida —contestó Rod.

—¿Su amigo es vendedor también o solamente está para arrastrar el carretón? —preguntó Kluber.

—Se dedica a la cría de ranas también, y quiere hablar con usted para hacer un cruce de razas.

—Ahora bajo —contestó Kluber desapareciendo de la ventana.

—¿Se puede saber a qué vienen tantas idioteces sobre las ranas, los caracoles y la prima? —preguntó Ed.

—Cosas del viejo. Ha leído muchas novelas de misterio y cada vez que tiene ocasión pone en juego sus lecturas. Todo lo que has oído forma parte de una contraseña... aunque creo que el verdadero autor de este «rollo» no ha sido el «viejo» sino el comandante Samuelson, del servicio de información —contestó Rod abriendo los brazos para indicar que él era completamente inocente de aquella farsa de ranas y caracoles.

—Con lo fácil que hubiese resultado decir: «Abre, soy Jeremías» —contestó Ed.

La contestación de Rod se perdió entre el ruido que armó la puerta al abrirse. Era ancha y cuando Kubler asomó su rostro, Rod se apresuró a decir.

—Tengo que entrar el carretón.

—De acuerdo —respondió Kubler abriendo completamente.

Los dos hombres del

F. B. I.,

empujaron el vehículo hasta el interior y lo dejaron en el gran patio que Ed había visto desde la calle. El viejo Kubler, indicó un rincón alejado con su descarnado dedo diciendo.

—Allí estará seguro y a cubierto.

Rod empujó el carretón hacia aquel lugar, formado por una especie de gallinero, pero sin gallinas. Una vez quedó adosado a la pared, Kluber corrió una valla y el vehículo quedó oculto.

—Desde este punto, el canal sólo está a quince metros de distancia... y en él hay ranas.

—Lo tendré en cuenta... si es necesario.

—Tengo un poco de café en mi habitación. Allí hablaremos de las ranas que desea su amigo —dijo Kluber dando media vuelta.

Por una escalera exterior subieron hasta el primer piso. Rod, hombre acostumbrado a pasar hambre y sed, llevaba una botella de vino del Rin y un paquete de café... legítimo.

—Bien, ésta es mi casa... y la suya —dijo Kluber cerrando la puerta cuando los tres se hallaron en el interior de la habitación.

—Soy Rodney Kent y mi amigo se llama Edwin Tucker, del

F. B. I.,

americano.

—Lo supongo, mí «prima Hildegarde» es una buena chica. Pueden hablar tranquilamente. Tengo dos perros en el patio que ladran cada vez que huelen un uniforme de la

M. V. D.,

o de los «vopos» —contestó Kubler cogiendo una cafetera que estaba sobre un pequeño hornillo de alcohol.

—¿Y si van de paisano? —preguntó Rod.

—Ladran igual porque los polizontes apestan tanto de uniforme como de paisano... siempre huelen mal —contestó Kubler sirviendo el café.

—Bien, amigo, nos interesa encontrar a un hombre llamado

Franz von Lehmann que ayer noche fue detenido por los «vopos», acompañados de Klimov y Glinka —dijo Rod.

—Mis perros los conocen y cuando los olfatean, los pelos de sus espinazos se ponen de punta. Lo mismo les ocurre cuando descubren la presencia de alguna rata escapada de las cloacas —comentó Kluber empezando a servir el café.

Ed observó que las tres tazas estaban agrietadas y eran completamente distintas, aunque hubiese jurado que todas eran legítimas porcelanas Ming. Kluber, al que nada se escapaba, observó la mirada del agente americano y dijo.

—Sí, son Ming. Las robé cuando los rusos entraron en Berlín en el año 1945. Pensé que todo lo que yo robase, no sería robado por ellos. Creo que ustedes en América tienen una frase del presidente Monroe que dice «América para los americanos».

—Sí, es cierto —dijo Ed.

—Pues yo la arreglé a mi gusto. «Lo que hay en Alemania es de los alemanes», y aunque yo sea nacido en Polonia estaba en Alemania —siguió diciendo Kluber.

Rod ahogó una carcajada y bebió el primer sorbo de café... y se quedó extrañado al ver que era excelente, fuerte y bastante cargado de azúcar.

—Lo suministra mi prima Hildegarde —aclaró Kluber.

—Necesitamos sacar a Von Lehmann de Berlín urgentemente. Es un hombre de gran importancia y se halla en posesión de secretos tan importantes que si habla puede causar un daño irreparable a la causa occidental. La defensa de la paz...

Kluber levantó la mano derecha para interrumpir a Rodney Kent. Lo hizo lentamente, igual que un orador cuando desea que cesen los aplausos que le dan sus entusiasmados oyentes.

—No me haga discursos; no me hable de la causa occidental ni de la paz... porque ya estoy harto de palabras vacías y sin sentido. No me gustan los americanos, como no me gustan los rusos, pero ayudo a los primeros porque así ayudo a mis compatriotas. Nací en Polonia pero soy alemán... y como alemán no olvido que fueron ustedes los que destruyeron esta ciudad... y los que entregaron armas a los rusos para que luchasen contra las tropas de Hitler... y debo añadir que tampoco me gustaba él. Por este motivo, la palabra «paz» resulta una triste burla para nosotros. Sabemos que nos

ayudan porque así se ayudan a ustedes mismos, en caso contrario, supongo que nos ocurriría lo mismo que a los húngaros. Digan lo que desean, pero, por favor, no me hagan discursos de propaganda electoral. Esto es Berlín, una ciudad donde se lucha y se muere, no es una de sus ciudades de los Estados Unidos donde se baila, se bebe Coca Cola, «whisky» y ginebra. Por desgracia, Berlín es el primer paso hacia el infierno... y todos tenemos ya algo de diablos.

—Usted no es un hombre corriente, Kluber —dijo Ed cuando el alemán-polaco terminó su largo discurso.

—No. Hace unos años, muchos, quizás cien o mil, yo era un ingeniero industrial, después me convertí en un coronel de tanques, más tarde en un prisionero de guerra, luego, en un esclavo de las minas de Vorkuta. A continuación en un enfermo tuberculoso, después en un convaleciente que fue devuelto a su patria porque ya no servía para nada. También he sido ladrón... para poder comer; asesino, para no ser asesinado... y ahora soy jefe de un grupo de desesperados que ayudan a sus amigos... a los mismos que mataron a nuestras familias con sus bombas. Como puede ver he sido muchas cosas y aún tengo que ser otra más.

—¿Cuál? —preguntó Ed que estaba interesado en la extraña personalidad de Kluber.

—Cadáver —respondió secamente el ingeniero.

—Necesitamos encontrar a Von Lehmann —insistió Rod.

—Lo encontraremos —contestó Kluber como si hablase del tiempo.

—Permaneceremos aquí hasta que podamos regresar a la zona americana con el profesor —siguió diciendo Rod.

—De acuerdo, amigos. Cuando hayan terminado con el café, iremos a ver mis perros para que los conozcan. No quiero que los destrocen a dentelladas si los encuentran sin mi compañía.

—Creí que solamente mordían a los hombres de la M, V. D., y a los «vopos» —comentó Rod.

—Muerden a todo el mundo... menos a mí y a mis amigos —contestó secamente Kluber.

Después de visitar los dos perros alsacianos de Kluber, Rod estuvo trabajando en su carromato mientras Ed fumaba tranquilamente y contemplaba las sucias aguas del canal de Teltow. Pensaba en Elke; la muchacha era completamente distinta a todas

las mujeres que había conocido.

Incluso tenía un cuerpo más perfecto que el de Carrie, claro que le faltaban unas cuantas libras para redondear las curvas, en... en fin, en todos los sitios donde había que haber curvas.

—Creo que haré de ella un verdadero monumento, más importante que la estatua de la Libertad —murmuró en voz lo suficiente alta para ser oída de Rod.

—¡Un cuerno harás! —Gruñó éste después de levantar la cabeza.

—¿He dicho algo? —preguntó Ed sorprendido.

—Estás pensando en casarte con Elke... lo cual me parece un completo infanticidio. La pobre muchacha no sabe nada de la vida y a su edad es natural que se enamore del primer hombre maduro que encuentre en su camino. Debería darte vergüenza, Edwin Tucker —dijo Rod apoyando las manos en las caderas y contemplando el interior del carretón con visible satisfacción.

—Pienso casarme con ella —se defendió Ed.

—¡Peor... porque abusas de su buena fe!... ¿Le has contado lo de Carrie?... ¿y lo de Brenda?... ¿y lo de Suzanne? ¿Le has dicho que eres un perfecto canalla que no puede resistir la atracción de unas faldas? Un amigo nuestro me aseguró que te gustaban tanto las faldas que el inspector Newman tuvo que llamarte la atención cuando os hallabais en Escocia... porque te ibas detrás de todo el mundo.

—¡Hombre... no fue tanto!... lo que ocurrid fue que...

—No sigas... pero si piensas casarte con Elke lo harás en Baviera, donde no existe el divorcio. No quiero que digan de ti que eres peor que una artista de cine que anda ya por el cuarto o quinto divorcio... legal.

—Yo soy un hombre muy formal —dijo Ed convencido de lo que estaba diciendo.

—Ven a echar un vistazo a esto —dijo Rod olvidándose de la artista amante de los divorcios.

Ed se aproximó y sonrió al ver el contenido del carretón. Entre un montón de hortalizas y frutas había un par de excelentes pistolas ametralladoras, bombas de mano y una pequeña emisora de radio de onda corta.

—Para lo que pueda ocurrir —comentó Rod llevando las armas hasta uno de los rincones del abandonado gallinero.

—¿Tenemos munición?

—Varias libras de ella. La he colocado en unos cinturones; en cada uno de ellos hay varios cargadores completos. Si los «vopos» quieren guerra, se la daremos.

—Prefiero la paz —comentó Ed.

—Espero que Kluber no tardo en regresar. Necesitamos saber dónde se halla Von Lehmann.

—Me gustaría saber que vas a hacer con tu «socio» Karl. Tienes movilizadas a todos los pilletes de Berlín.

—Después de hablar con Kubler, prefiero que los chiquillos no intervengan en este asunto. Tengo la triste impresión de que terminará a balazos... y no quiero que por mi culpa muera ningún muchacho —contestó Rod con gran seriedad... cosa impropia en él.

Kluber regresó al anochecer, después de haber permanecido ausente durante todo el día. Su primera pregunta al entrar en la habitación fue.

—¿Han ladrado los perros?

—No, han estado más callados que un diputado —comentó Rod.

—Bien voy a preparar la cena —dijo Kluber.

—¿Tiene alguna noticia de Franz von Lehmann? —preguntó Ed.

—Primero la cena... después hablaremos. No sabemos lo que puede ocurrir y si tengo que irme al infierno prefiero hacerlo con el vientre lleno.

—Un balazo en los intestinos después de cenar es un mal asunto —comentó Rod.

Kluber le miró burlonamente mientras encendía el pequeño hornillo de alcohol y después contestó:

—Nuestros enemigos no disparan al vientre, lo hacen a la nuca; es más seguro. Yo he conocido hombres, que han continuado viviendo después de recibir tres o cuatro balazos en el vientre... pero nunca he conocido a ninguno que lo hiciese después de un solo disparo en el cogote.

Ed se encogió de hombros. No se podía discutir con Kluber y esperar un cuarto de hora más cuando ya se había perdido tanto tiempo no podía tener ninguna importancia.

Cenaron huevos pasados por agua, salsa de tomate, mortadela, café y cuando Rod llenó las tazas de «whisky», Kluber empezó a hablar.

—Franz von Lehmann se halla en la cárcel de Standt, en poder de los «vopos». Esta misma mañana, el Fiscal General de la República Popular Alemana se ha hecho cargo de su caso. Será condenado a veinte años y más tarde trasladado a la

U. R. S. S.,

para cumplir la condena.

—¡No pueden hacerlo, es un súbdito americano! —exclamó Ed.

Kubler lo miró burlonamente y después dijo:

—Han hecho cosas peores, querido amigo. Deje de creer en los cuentos de Hadas. Franz von Lehmann nació en Alemania, es medio judío... y será juzgado por alemanes. Ante todo el mundo, aparecerá como un espía al servicio de los americanos y como un enemigo del pueblo.

—¡Esto es falso! —siguió diciendo Ed.

—Lo es... pero Von Lehmann será juzgado, condenado... y llevado a la

U. R. S. S.,

para que pueda fabricar lo que a ellos les interesa. En fútbol esto se llama juego sucio.

—... cuando se juega sucio, la única solución es comprar el árbitro —añadió Rod.

—¿Cómo se llama el árbitro... o el fiscal? —preguntó Ed descubriendo las ideas de Rod.

—No tiene precio. Es un comunista de verdad, de los pocos que andan por el mundo... pero también es un grandísimo cobarde. No puede evitarlo. Se llama Wilhelm Gorst, vive en la Konigstrasse, solo, porque no hay mujer capaz de aguantarlo. Él es el único hombre en toda la República Popular Alemana capaz de dejar en libertad a Von Lehmann... pero si lo hace se juega la piel, los huesos y el cuero cabelludo —dijo Kluber tranquilamente.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Ed.

—¿Sabe jugarse la vida, camarada Edwin Tucker, del F. B. I.?

—preguntó a su vez Kluber.

—Sé, me la he jugado muchas veces —contestó Ed algo molesto.

—Lo suponía. Escuchen, yo también me la jugaré... no por ustedes sino por Von Lehmann y por su esposa e hija que desearán tener un poco de paz antes de morir.

—Hable de una maldita vez —gruñó Rod.

—Bien, el coronel Klimov y el comandante Glinka no son hombres que hagan las cosas a medias. Saben perfectamente que si la

M. V. D.,

se hace cargo de Von Lehmann tendrá que resistir un duro ataque de toda la prensa libre, pero si el profesor es condenado por un tribunal popular, todo quedará en un pequeño «ajuste de cuentas» entre alemanes. Von Lehmann huyó de los Estados Unidos... y fue capturado en Berlín. El juego está claro; en los Estados Unidos, Franz es acusado de varios delitos... que no serán hechos públicos... y en Alemania es capturado como espía de los imperialistas. Así todas las bocas quedan cerradas, menos la de Von Lehmann.

—Siga —dijo Ed.

—Una vez condenado nadie se preocupará de él, ni incluso ustedes que considerarán que el profesor ha sufrido un ataque de locura... y entonces Klimov y Glinka lo sacarán de la cárcel y lo llevarán a la

U. R. S. S.,

y asunto liquidado.

—De acuerdo.

—Por lo tanto, tenemos que liberar a Von Lehmann antes de que sea juzgado. Mañana es sábado... y como el fiscal es un buen comunista, hace semana inglesa. Mañana es nuestro día porque Gorst tiene una pequeña casita en las afueras de Berlín y pasa en ella la tarde del sábado, todo el domingo y la mañana del lunes —dijo Kluber.

Permanecieron hasta las cuatro de la madrugada trazando planes... pero todos se derrumbaron cuando el fiscal general Gorst sufrió un accidente de circulación que lo mandó al hospital con una pierna rota y una fuerte conmoción cerebral.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Rod al enterarse de la noticia.

—Esperar... Gorst no permanecerá en el hospital más de diez días... y Franz von Lehmann no puede ser juzgado hasta que el fiscal salga. Esperar y solamente esperar —contestó Kluber.

VIII

El fiscal general Wilhelm Gorst se pasó exactamente doce días en el hospital. Salió de él el día 12 de agosto del año 1961, cuando la situación internacional estaba bastante tirante.

El fiscal era un hombre de estatura mediana, obeso, completamente calvo y con una mirada huidiza que nunca miraba de frente. Había sido uno de los verdugos de la Gestapo y cuando los rusos entraron en Berlín se apresuró a sacar una serie de documentos que demostraban bien claramente que había pertenecido al partido comunista desde el año 1917.

Todos eran falsos... pero Gorst salvó la piel y se dedicó a mandar alemanes a los campos de Siberia con el mayor entusiasmo. Era cobarde pero también peligroso.

Salió del hospital y se dirigió hacia su oficina. Durante su permanencia en el hospital había recibido varias visitas, entre ellas las del coronel Klimov y el comandante Glinka.

—Rapidez en el asunto Lehmann —fueron las órdenes recibidas.

... y estaba dispuesto a cumplirlas. Ya tenía nombrado el jurado popular que tenía que condenar a aquel maldito traidor que se había trasladado a los Estados Unidos para trabajar a las órdenes de los enemigos del pueblo... y también tenía la sentencia; veinte años de prisión.

Al entrar en el edificio de la Fiscalía Central descubrió burlonas miradas entre los hombres que trabajaban en ella. Sabía que no era apreciado y que todo el mundo decía que no conocía la dignidad... pero esto no le importaba. Continuaba viviendo, tenía un lujoso apartamento en Berlín y una hermosa casita en las afueras de la ciudad donde podía llevar a esculturales muchachas que alegraban sus fines de semana.

Empujó la puerta de su despacho... y se detuvo sorprendido al descubrir los uniformes de dos hombres de la

M. V. D.,

rusa. Sus grandes ojos de besugo se detuvieron en las franjas rojas que adornaban las gorras azules.

—Cierra la puerta, estúpido —ordenó el más fuerte de aquellos dos visitantes.

—Sí, camarada, sí —contestó Gorst nerviosamente.

La cerró y el otro hombre de la

M. V. D.,

se levantó para echar la llave. Le dio dos vueltas y después la guardó en uno de sus bolsillos.

—Tenemos que hablar en secreto. Él asunto Lehmann ha sufrido una pequeña variante. Hay que sacarlo inmediatamente de la cárcel. Hay complicaciones con los Estados Unidos y tenemos órdenes de devolverlo a la zona americana —dijo el más fuerte de los dos hombres.

—No puedo hacer nada sin una orden del coronel Klimov, camaradas —contestó Gorst mientras se sentaba en su sillón de cuero.

No observó que las rojas cortinas colocadas detrás suyo se movían ligeramente, como si el aire las agitase. Incluso el viejo retrato de Lenin se movió.

—Klimov ha dado la orden. Mírala —dijo Rod que hacía el papel de coronel de la

M. V. D.

Colocó una orden delante de la roja nariz de Gorst y éste miró ávidamente, pero antes de que pudiese leer nada, Rod dobló el papel y volvió a meterlo en su bolsillo.

—Date prisa, no podemos perder tiempo —dijo secamente.

—No haré nada hasta que Klimov me dé la orden de palabra, camaradas. Han ocurrido muchas cosas durante los últimos tiempos y hay que tomar toda clase de precauciones. El coronel me dijo que...

—... eras un canalla, un cerdo puesto en pie, un hijo de perra... y algunas cosas, más, pero siempre se quedó corto —interrumpió Kluber; apartando los rojos cortinajes que cubrían el amplió ventanal.

—¡Kluber! —exclamó Gorst llevándose una mano a la garganta.

—El mismo, querido canalla. Hace años que tenemos una cuenta pendiente y la vamos a saldar ahora mismo. Me conoces perfectamente y sabes que siempre cumplo mi palabra. Si no firmas la excarcelación de Von Lehmann, vivirás escasamente medio minuto, solamente el tiempo necesario para que tu sangre abandone tu cuerpo.

Tanto Rod como Edwin permanecían inmóviles. Ambos comprendían que entre aquellos dos hombres existía algo más que una simple diferencia de ideas... se odiaban profundamente, con un odio total que sólo podía borrar la muerte.

—Sabes que no puedo hacerlo, Kluber... no puedo... Klimov me entregará a Glinka... y éste acabaría conmigo lentamente, jadeó el fiscal.

—¿Crees que Glinka puede ser peor que yo? ¿Has olvidado la ejecución de los responsables del atentado del año 44 a Hitler?... los maté yo... y ahora he aprendido mucho más. Tus amigos los rusos me han enseñado. Hace años que deseo acabar contigo, por cochino, por traidor... y por asesino —contestó fríamente Kluber.

—No puedo... sabes que no puedo... me matarán... me mandarán a Siberia... a Vorkuta —gimió él fiscal.

—No es tan malo como dicen —contestó Kubler asestando una patada al sillón ocupado por Gorst para que no pudiera pulsar ninguno de los timbres de alarma colocados en el tablero de la mesa.

Sin apartar los ojos de la obesa silueta del fiscal, extendió la mano y se apoderó de un atizador del fuego que se hallaba a su espalda. Lo levantó lentamente para que Grost pudiese verlo y dijo.

—Estamos en pleno verano y este chisme no sirve para nada... pero voy a usarlo contigo si no firmas la orden para dejar a von Lehmann en libertad.

—¡No lo haré!..., no lo haré —gritó el fiscal.

—Rod, quiere hacer el favor de cerrarle la boca a este sapo. Es tan cerdo que es muy capaz de chillar cuando las cosas se pongan peor para él —dijo tranquilamente Kluber.

—No gritará —aseguró Rod cerrando su fuerte mano sobre la boca del fiscal del Estado.

—¿Firmarás la orden de libertad? —preguntó Kluber.

Gorst movió la cabeza negativamente ya que no podía hablar porque la mano del agente del F. B. I., se lo impedía.

—Bien, tú te lo has buscado —dijo Kluber tranquilamente.

Él se estremeció al ver como el atizador de acero cortaba en el aire produciendo un siniestro silbido... después se transformó en un seco chasquido y un estertor brotó de la boca del fiscal.

Kluber había asestado un brutal golpe al yeso qué recubría la pierna derecha del fiscal. Antes de que pudiese decir algo para evitar el salvaje tormento, Kubler volvió a golpear una y otra vez hasta que el yeso saltó hecho trozos.

Cuando la pierna quedó al descubierto, volvió a levantar el atizador y lo dejó caer sobre el muslo desnudo de Gorst. El golpe fue el más fuerte de todos los asestados y Ed oyó claramente el desagradable chasquido que produjo el hueso al astillarse.

—¿Firmarás, estúpido? —preguntó Kluber levantando el trozo de acero.

Rod mantenía inmóvil al fiscal que estaba sufriendo terriblemente. Su ancho rostro no demostraba la menor emoción... porque tenía más años que Ed y había sufrido mucho más.

—¡Termine de una vez, salvaje! —dijo Ed.

—Cállese, Tucker, éste es un asunto entre Gorst y yo... el último asunto —dijo Kluber fríamente.

—No es humano.

—... ni Gorst tampoco. Es una hiena cobarde y asesina que no merece otro trato. Firma, Gorst... o te destrozaré todos los huesos del cuerpo.

El fiscal del Estado sudaba a chorros y las gotas perlaban su frente y llenaban la calva dándole un aspecto de cerdo condenado al sacrificio. Movié leve mente una mano para indicar que estaba dispuesto a firmar y Kubler colocó a su alcance papel timbrado y una pluma estilográfica, diciendo:

—Puede soltarle, Rod... si grita, será el último grito de un canalla.

El fiscal empezó a escribir rápidamente mientras entrecortados gemidos se escapaban de sus lívidos labios. La pierna derecha estaba convertida en una masa de carne destrozada, donde la sangre

y el yeso se mezclaban por partes iguales.

—El director... de la cárcel de... Standt... pondrá en libertad... a Franz von Lehmann —dijo Gorst tendiendo la orden a Kluber.

El fiscal del Estado apenas podía hablar y continuaba sudando. Al dejar la pluma sobre la mesa lanzó una mirada preñada de odio al hombre que tan fríamente lo había torturado y después se apretó desesperadamente la destrozada pierna con ambas manos tratando de mitigar el terrible dolor que sentía.

—Está correctamente escrita —dijo Kubler después de examinar detenidamente la orden de excarcelación.

—Vamos —ordenó Ed cogiendo el papel que le tendía el alemán.

—Salgan ustedes primero, yo lo haré después. Tengo que inutilizar completamente a este sapo para que no grite —contestó Kluber.

—¡No... por favor, no me dejen... sólo con Kluber... me matará! —gimió Gorst.

—Dese prisa —dijo solamente Rod dirigiéndose hacia la puerta.

Ed sacó la llave de su bolsillo y la abrió. Antes de salir del despacho del fiscal lanzó una rápida mirada por encima su hombro y descubrió a Kubler inclinado sobre el cuerpo de Gorst.

Los dos hombres del F. B. I, salieron del despacho, dejando la llave en la cerradura para que Kluber pudiese salir después. Cruzaron tranquilamente la amplia habitación que servía de sala de espera y se detuvieron delante de una joven que se hallaba consultando unos ficheros.

—El fiscal del Estado estará muy ocupado durante un par de horas, camarada —dijo Ed en alemán—... no tiene que ser molestado por nada ni por nadie.

—No se preocupe, yo misma me encargaré de que no pase nadie a su despacho —contestó la muchacha que sentía un profundo respeto hacia los uniformes de la

M. V. D.

Cuando Kluber se quedó sólo con Gorst, sacó una navaja del bolsillo de su chaqueta y la abrió bruscamente. El fiscal abrió la boca para gritar pidiendo auxilio pero los huesudos dedos de Kubler se cerraron alrededor de su garganta, ahogando completamente el grito.

—¿Recuerdas a mis dos hermanos? —preguntó secamente

colocando la navaja sobre el pecho de su enemigo.

Éste sentía como el aire faltaba en sus pulmones. La pierna derecha se había convertido en un horno pero él sudada a chorros. Era un sudor frío que le causaba escalofríos; era el sudor del miedo, de la angustia y del pánico.

—Sí, los recuerdas perfectamente... —siguió diciendo Kluber— ... tú mismo los asesinaste para hacer méritos ante tus nuevos amos; los rusos. Ha llegado la hora de ajustar aquella cuenta, Gorst... y ya no puedo perder más tiempo. Me gustaría acabar contigo muy lentamente... pero tengo prisa.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras se apoyó con todo su peso sobre la navaja y la brillante hoja penetró en el pecho del fiscal y partió su negro corazón.

Kluber continuó apretando la garganta para evitar que su enemigo pudiese lanzar su último grito. Su cuerpo se estremeció y una enorme sorpresa apareció en sus ojos. Un estremecimiento final indicó a Kluber que la República Popular se había quedado sin fiscal.

Retiró la navaja de la herida y después de limpiarla con las mismas ropas del muerto la guardó. Después arrastró el cadáver hasta un pequeño armario situado en uno de los extremos de la habitación y lo colocó en su interior. Tuvo que empujarlo con los pies pero después de algunos esfuerzos logró cerrar la puerta. Echó la llave y se la guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Por último colocó una alfombra sobre las manchas de sangre y yeso que había al lado de la mesa y salió del despacho. También cerró con llave y la metió en el mismo bolsillo.

Cruzó la sala de espera y pasó por detrás de Rod y Ed que continuaban hablando con la muchacha. Salió a la calle y tranquilamente entró en un «jeep» de la Policía de Seguridad Soviética que permanecía aparcado delante del edificio de la Fiscalía Central.

Tanto el coche como los uniformes que llegaban los agentes del F. B. I., habían sido robados en uno de los almacenes del Ejército Rojo. El grupo de Kluber actuaba en todos los lugares y con gran seguridad.

—¿Qué le ha ocurrido a Gorst? —preguntó Edwin cuando salió de la Fiscalía.

—Ha muerto —contestó simplemente Kluber.

—Supongo que ahora se sentirá usted más tranquilo —añadió Rod poniendo en marcha el «jeep».

—Tanto, que no me importa morir. Gorst asesinó a mis hermanos pero además era una hiena sedienta de sangre que solamente pensaba en matar... y hay muchas formas de asesinar. Quizás la peor era la que usaba él; mandar a los... hombres y mujeres a los campos de trabajo de Siberia.

La cárcel de Standt era un enorme edificio de piedra gris que se alzaba como una amenazadora mole cerca de uno de los canales, al este de Berlín.

El «jeep» conducido por Rod penetró en el amplio patio pasando como una flecha por la ancha puerta de hierro vigilada por dos hombres de la «Volkspolizei» armados con pistolas ametralladoras de fabricación rusa.

—Que Ala nos acoja en su seno —murmuró Rod aplicando los frenos.

—El director no es un hombre inteligente. Teme a los de la M. V. D., como si fuesen diablos escapados del infierno... y creo que tiene razón —dijo Kluber.

Los dos hombres saltaron al suelo y devolvieron el saludo que les hacían los policías populares. Uno de ellos se apresuró a salir a su encuentro y después de saludar militarmente preguntó.

—¿Desean hablar con el director?

—Sí... y tenemos prisa —contestó Rod que lucía el uniforme de coronel de la

M. V. D.

Rápidamente fueron conducidos al despacho del director. Éste al ver los uniformes de la

M. V. D.,

se levantó de un salto y empezó a sonreír y a hacer ridículas reverencias.

Rod sintió deseos de pegarle una patada en el vientre y borrar aquella falsa y servil sonrisa a puñetazos. Pensó que como coronel de la

M. V. D.,

podía hacerlo impunemente... pero como agente del

F. B. I.,

le interesaba más sacar a Von Lehmann de aquella cárcel.

—Tenemos que llevarnos a Franz von Lehmann —dijo secamente.

El director se detuvo en la mitad de una de sus reverencias. Abrió la boca y tartamudeó algunas palabras que no comprendieron ni Ed ni Rod.

—¿Le ocurre algo? —pregunto éste.

—El fiscal dijo que...

—El fiscal ha firmado la orden de libertad. No perdamos más tiempo. No quisiera informar sobre su ineptitud —interrumpió Rod haciendo una seña a Edwin para que entregase la orden al director.

—Éste la cogió con mano temblorosa y la leyó detenidamente. Cuando terminó miró estúpidamente a los dos hombres y dijo:

—Yo pensaba que el profesor tenía que ser juzgado y...

—Su deber es obedecer, por lo tanto no pierda el tiempo pensando. Ordene que Franz von Lehmann nos sea entregado —dijo Rod.

El director se apresuró a cumplir la orden y diez minutos después, el profesor Von Lehmann se hallaba en el despacho. Estaba sucio, con barba de varios días, los blancos cabellos que tanto parecido le daban con Einstein caían sobre su frente y tenía los ojos entornados para defenderlos de la luz.

Rod decidió no perder más tiempo. En cualquier instante podían descubrir el cadáver de Gorst y las cosas se complicarían hasta tal extremo si aquello ocurría, que el infierno iba a resultar un lugar frío si se comparaba con Berlín.

—Vamos —dijo cogiendo al profesor por un brazo.

El hombre se tambaleó peligrosamente y Ed tuvo que cogerlo por el otro brazo. El profesor les siguió arrastrando penosamente la pierna derecha. Intentó preguntar algo pero aquel par de hombres de la

M. V. D.,

tenían mucha prisa.

—Les acompañaré hasta la puerta de la calle —dijo el director empezando nuevamente con sus reverencias.

Ed y Rod descendieron la escalera a gran velocidad, llevando al profesor en vilo. Al llegar al patio lo introdujeron en el interior del

«jeep» y Rod se apresuró a ponerlo en marcha.

En aquel instante apareció el director, jadeando y haciendo reverencias. Descubrió el rostro de Kluber en el asiento de atrás y lo reconoció inmediatamente... porque Kubler había sido un ocupante de aquella cárcel.

—¡Kluber! —gritó sorprendido.

Rápidamente comprendió que aquellos hombres no pertenecían a la

M. V. D.

Saltó hacia atrás mientras ordenaba secamente.

—¡Detened al «jeep»!... ¡Disparad contra sus ocupantes!... ¡Fue...!

El seco tabletear de una pistola ametralladora interrumpió la última frase. Kluber había disparado y la ráfaga alcanzó al director en el pecho y lo arrojó hacia atrás mientras Rod pisaba a fondo el acelerador.

El «jeep» saltó hacia adelante y cruzó el patio a una velocidad suicida. Los «vopos» que custodiaban la puerta prepararon sus pistolas ametralladoras pero Kluber fue más rápido.

Logró a batir a uno de ellos mientras el segundo era alcanzado por el «jeep» y lanzado contra la pared como si fuese un muñeco de trapo. Rod no volvió el rostro para saber lo que les había ocurrido a sus enemigos.

Varios «vopos» habían salido a la calle y el tableteo de las pistolas ametralladoras rompió la calma de aquel alejado barrio de Berlín, mientras los zumbantes proyectiles buscaban rabiosamente sus blancos.

—A mi casa, volando. Ahora no podremos cruzar la línea divisoria por que ya habrán dado la alarma en todos los puestos. Tendremos que dejar pasar algún tiempo antes de cruzar al sector americano.

—¿Es segura su casa, Kluber? —preguntó Rod.

—Solamente conocen la dirección ustedes y mí «prima Hildegarte». Incluso mis hombres la desconocen. Ahora es necesario abandonar este coche y los uniformes de la

M. V. D.

Rod condujo el «jeep» hasta unas ruinas y rápidamente los dos hombres del F. B I., se despojaron de los uniformes soviéticos. El

profesor Franz von Lehmann los miraba asustado, sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Regresaré a los Estados Unidos, profesor —dijo alegremente Rod.

—Para ser juzgado y condenado por traición —contestó Von Lehmann.

—No lo crea, porque solamente comete traición el que facilita informes a una nación extranjera, usted no lo ha hecho —contestó Ed.

—No, no he dicho una sola palabra... pero estoy pensando que ahora mi esposa y mi hija pagarán las consecuencias de mi huida.

—Su esposa y Elke están ya en el sector americano —dijo Edwin mientras ayudaba al profesor a alejarse del «jeep».

IX

LA situación de los agentes del

F. B. I.,

y del profesor Franz von Lehmann se complicó inesperadamente, como se complicaron para todos los berlineses orientales y también para el mundo en general.

El día 13 de agosto de 1961, pocas horas después de la liberación del profesor y de la brutal muerte del fiscal general, las autoridades soviéticas pusieron en práctica un salvaje plan que cerraba el camino hacia la libertad a millares de alemanes.

Los soviéticos, ayudados por sus satélites de la «Volkspolizei» levantaron un muro de ladrillos a lo largo de la línea divisoria entre el occidente y el oriente.

El muro dividió la ciudad como si sobre ella hubiese caído una barrera. Kilómetros y más kilómetros de alambre espinoso que también pasaba a través del río y de los canales, de las alcantarillas, reforzaron la barrera ladrillos.

También fueron cerrados los pasos del «metro» y los ferrocarriles entre las dos zonas fueron suspendidos. Fueron movilizadas 22 Divisiones del Ejército, por un total de medio millón de soldados para guardar todos los pasos a lo largo de la frontera.

—No creo que todo este lío lo hayamos montado nosotros —comentó Rod cuando se enteró.

—No, hace tiempo que lo estaban planeando. Los rusos saben que millares de alemanes huyen a través de las calles de Berlín, buscando el bienestar en occidente, y con el muro piensan evitar esta constante huida —contestó Kluber.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó el profesor que gracias a los desvelos de Edwin tenía ya un nuevo bastón.

—Cuando anochezca iré a echar un vistazo al muro. Espero que encontraremos alguna brecha. Supongo que los rusos habrán dejado algunos pasos abiertos y aunque estén vigilados, no dejan de ser pasos —contestó Kluber.

—Yo cogeré el carretón y con el pretexto de vender hortalizas también echaré una miradita a esta colección de ladrillos de procedencia soviética —añadió Rod.

Al anochecer salió Kubler y se dirigió hacia el muro. Andaba lentamente, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y una colilla apagada entre los labios.

En dos ocasiones tuvo que apartarse para dejar paso a tres tanques «Stalin 52» que pasaron por su lado produciendo un desagradable chirriar de cadenas.

Kluber sonrió tristemente al ver la estrella roja de cinco puntas en las torretas. Ya estaba acostumbrado a ver tanques rusos por las calles de Berlín... y aún recordaba la matanza que hicieron durante la revuelta de los berlineses en el año 1953.

—Tanques... tanques... tanques... siempre tanques, pistolas ametralladoras y violencia. Nunca más tendremos paz y moriremos en medio de la violencia —pensó mientras seguía andando.

Se detuvo delante de la Opera del Estado para esperar que la oscuridad de la noche cayese sobre la torturada y martirizada ciudad. Después, con la misma colilla en los labios y las manos en los bolsillos se dirigió hacia la «Unter der Linden». Quería saber si también el muro había sido levantado en la Puerta de Brandemburgo.

No tuvo necesidad de llegar hasta ella. Varios reflectores iluminaban claramente el frío y amenazador muro de ladrillos. Toda la ciudad había sido dividida por aquella barrera.

En la Friedrichstrasse observó que había un punto de control y gracias a los potentes reflectores pudo ver los uniformes de los soldados soviéticos y también los de los «vopos».

—Por aquí resultará imposible pasar —murmuró mientras se alejaba hacia la parte norte de la ciudad, siempre siguiendo el muro.

Vio que en algunos puntos no había alambradas y decidió que examinaría detenidamente el muro cuando hallase nuevamente alguno de aquellos puntos. El muro no era muy elevado, pero sí lo

suficiente para que no pudiese ser franqueado fácilmente.

Oyó ruido a su espalda y se detuvo para descubrir la causa. Se tranquilizó cuando vio que se trataba de Rod Kent que empujaba lentamente su carretón cargado de hortalizas.

Siguió adelante y cuando vio un trozo de muro sin la protección del alambre espinoso se aproximó a la barrera. Oyó un chirrido desagradable pero no le prestó mucha atención creyendo que se trataba de Rod que continuaba empujando su carretón.

Cuando comprendió que estaba equivocado, ya era demasiado tarde. Un haz de luz taladró la oscuridad de la noche y Kluber se volvió rápidamente, apoyando la espalda en el muro de ladrillos.

Comprendió que había sido cazado como un conejo. Un «jeep» de la «Volkspolizei» se hallaba cerca de la barrera, con todas las luces apagadas, esperando la presencia del primero que intentase franquear el muro.

Kluber sabía que aquellos «jeeps» iban armados con una ametralladora y que cada uno transportaba cuatro agentes de policía que empuñaban pistolas ametralladoras.

Estaba deslumbrado por la potente luz y cuando su mano derecha fue en busca de la pistola que llevaba metida en la cintura, la ametralladora empezó a entonar su canto de muerte.

Kluber pudo ver los rojos lengüetazos de fuego que brotaban del cañón, muy cerca del foco del reflector. Varios proyectiles se hundieron en su pecho y lo empujaron hacia atrás, como si desearan clavarlo en el muro.

Apoyó las manos en los ladrillos y sus largas uñas se clavaron en ellos. Una segunda ráfaga se hundió en su vientre y notó claramente los impactos. Algunos proyectiles se perdieron, arrancando esquirlas alrededor de Kluber.

A pesar del plomo que había encajado su cuerpo, Kluber no cayó. Algo le mantenía en pie, algo que los policías no podían comprender. Kluber se negaba a morir porque aún no había terminado el trabajo que su «prima Hildegarde» le había encomendado.

Un vendaval de plomo partió del «jeep» y el cuerpo acribillado de Kluber fue empujado hacia un lado. Una ráfaga de ametralladora le alcanzó en la base del cuello y casi segó completamente la cabeza.

Kluber cayó al pie del muro y su roja sangre fue la primera que tiñó los ladrillos. Quedó ovillado, como un muñeco al que se le hubiesen roto todos los resortes.

Durante un largo minuto, el reflector continuó iluminado el cadáver, después se apagó y Rod, que había presenciado el brutal asesinato oyó el ruido que producía el coche al alejarse.

Kluber había sido asesinado fríamente, sin que entre él y sus ejecutores hubiese mediado ni una sola palabra. Ni un simple «alto» había sido pronunciado... la primera señal de alarma había sido la ráfaga de la ametralladora.

Rod retrocedió lentamente y se alejó del muro. La muerte de Kluber significaba que tendrían que sacar al profesor de Berlín Este por sus propios medios.

Cuando regresó a la casa de Kluber, comunicó a Edwin la muerte del alemán y añadió:

—Mañana saldremos los dos para buscar la forma de huir a través del muro.

—De acuerdo, Rod. No será fácil... pero pasaremos —contestó Ed.

A la mañana siguiente salieron los dos agentes del F. B. I.,

y se dirigieron hacia el lugar donde había caído Kluber. El cadáver continuaba en el mismo sitio y un soldado ruso montaba guardia a pocas yardas. Un grupo de berlineses contemplaban aterrados el cuerpo sin vida.

—Saludable advertencia —dijo solamente Rod.

Continuaron recorriendo el muro y cuando llegaron al extremo norte de la ciudad, Edwin levantó un dedo y señaló hacia un pequeño cementerio que se hallaba a pocas yardas de distancia.

—El muro pasa entre las tumbas —dijo Rod.

—Éste es el mejor sitio para pasar. Me gustaría ponerme en comunicación con el «viejo» —siguió diciendo Ed examinando detenidamente los alrededores del cementerio.

—La radio de onda corta —dijo Rod apoyando los codos en el carretón.

—Vamos, amigo. Creo que nos vamos a reír de los hombres de la M. V. D.

Al mediodía establecieron contacto con el inspector que empezó

a maldecir antes de dejar hablar a sus agentes. Cuando se detuvo para llenar de aire sus pulmones, Edwin empezó a hablar rápidamente.

—De acuerdo —dijo solamente Newman cuando el agente terminó.

Rod cortó la conexión y ocultó nuevamente el aparato de radio. Después sacó las pistolas ametralladoras y empezó a limpiarlas mientras silbaba una alegre canción.

Tres días después salió para realizar algunas compras. Cuando regresó llevaba varios paquetes y dijo.

—Me he dado una vuelta hasta el cementerio. Hay un par de guardianes que me han dado mala espina. Bien, el inspector ha puesto la señal en uno de los edificios del otro lado.

—En este caso, mañana, alrededor de las once, lo intentaremos —dijo Ed.

A la mañana siguiente, tres hombres enlutados, cubiertas las cabezas con negros sombreros y llevando dos de ellos sendos ramos de flores y el tercero un bastón, salieron de la casa de la Weinheimstrasse.

Edwin y Rodney llevaban las pistolas ametralladoras ocultas debajo de sus largas chaquetas de luto. En los bolsillos del pantalón iban también las bombas de mano. Rod decía que la guerra fría se había transformado en caliente para ellos... y que no quería ser asesinado como Kluber.

—Los guardianes están en la puerta —advirtió Rod cuando se aproximaban al cementerio.

—¿Hay peligro? —preguntó el profesor, que intentaba disimular su cojera.

—Es fácil que la

M. V. D.,

haya colocado hombres en diversos puntos esperando que intentemos pasar al otro sector... y von Lehmann es un excelente tipo para llamar la atención. A pesar del sombrero continúa pareciéndose a Einstein —dijo Ed sin contestar directamente a la pregunta del profesor.

—No ocurrirá nada —contestó Rod, mirando el trapo amarillo que el inspector había colocado en una de las ventanas más elevadas de un edificio que se hallaba en la zona americana de

Berlín, para indicar que todo estaba dispuesto para la huida.

El plan trazado por Edwin era excelente. Al descubrir el cementerio pegado al muro pensó que resultaría fácil hacer un túnel, empezando por el lado contrario de la barrera.

Durante varios días, sus compañeros del sector americano habían estado trabajando como mineros, abriendo el túnel que pasaba por debajo del muro y terminaba en una tumba.

Durante la noche habían retirado los restos que había en su interior y también habían levantado la losa de mármol, para que cuando llegase el momento de levantarla no presentase mucha resistencia.

Aquel trapo amarillo indicaba que todo había ido perfectamente. Ed no había querido usar nuevamente la radio porque los hombres de la

M. V. D.,

que estaban furiosos por la liberación de Franz von Lehmann, podían localizar rápidamente el lugar desde donde se emitían los mensajes para el otro sector.

Uno de los guardianes del cementerio observó detenidamente los rostros de aquellos tres hombres que parecían muy afectados por la reciente pérdida de algún ser querido.

Inmediatamente reconoció al profesor. Unas horas antes, el comandante Glinka le había mostrado una foto de él y le había dado órdenes bien claras sobre lo que tenía que hacer si descubría a aquel hombre.

Tanto Glinka como Klimov suponían que los agentes del F. B. I.,

intentarían sacar al profesor lo más rápidamente del Berlín Este porque para ellos significaba un peligro continuar en el sector soviético.

Habían colocado hombres en los puntos más peligrosos del muro y gran número de «jeeps» se hallaban dispuestos a entrar en acción cuando sonase la señal de alarma.

El guardián del cementerio había sospechado de Rod la primera vez que lo vio y se apresuró a ponerlo en conocimiento de Glinka... y el frío comandante de la MVD se hallaba a pocas yardas del cementerio, acompañado por su jefe Klimov y una docena de «vopos» montados en tres «jeeps». Los dos rusos ocupaban otro y el

comandante era el encargado de conducir. El coronel sostenía una pistola ametralladora sobre las rodillas y sonreía muy satisfecho.

—No me gusta el aspecto del guardián —dijo Rod cuando ya se hallaban en el interior del cementerio.

—Ni a mí —respondió Ed empezando a examinar las losas.

Se hallaban ya muy cerca del muro cuando el guardián empezó a hacer sonar un pito de alarma. Rápidamente el aire se llenó con los petardeos de los motores de los coches y los cuatro «jeeps» penetraron en el cementerio a toda velocidad.

—¡Corre, Ed! —dijo Rod arrojando el ramo de flores y empuñando la pistola ametralladora.

Ed arrastró al profesor hacia una tumba que estaba pegada al muro. Sobre la losa de mármol había una corona de flores con una cinta amarilla; era la señal dejada por los hombres de Newman la noche anterior.

Los «jeeps» avanzaban por el sendero del cementerio y el coronel Klimov se levantó para poder apuntar mejor. Apretó el gatillo y la primera ráfaga pasó muy cerca de las cabezas de Ed y von Lehmann.

El agente del

F. B. I.

se había inclinado sobre la losa y trataba desesperadamente de levantarla, pero era demasiado pesada y el profesor era una pobre ayuda.

Rod levantó el cañón de su arma y apenas sin apuntar empezó a hacer fuego. Trazó una cortina de proyectiles y el parabrisas del «jeep» conducido por Glinka saltó hecho añicos.

Glinka, con dos balazos en la cabeza perdió el control del coche y se desplomó sobre el volante, sin vida. El coche saltó por encima de una tumba, despidiendo al coronel Klimov y después de saltar fue a estrellarse contra el muro.

Klimov se levantó penosamente... y una nueva ráfaga le alcanzó en el vientre, derribándolo por segunda vez... y también por última. Rod continuaba disparando y cuando agotó el primer cargador, se apresuró a sacar una bomba de mano y la arrojó contra uno de los coches ocupados por los «vopos».

La bomba cavó entre los dos asientos y cuando estalló mandó cuatro cuerpos por el aire. Los otros agentes populares saltaron de

sus coches y se parapetaron detrás de las lápidas de mármol, abriendo un furioso fuego contra el agente del F. B. I.

Rod se estremeció cuando los proyectiles se hundieron en su cuerpo, pero ya había colocado un nuevo cargador en la pistola ametralladora y logró abatir a otro de sus enemigos.

Ed había logrado mover ligeramente la losa que cubría la tumba mientras los proyectiles se hundían muy cerca de sus pies. Rod, con su fuego impedía que los «vopos» pudiesen afinar la puntería.

Bruscamente la losa de mármol saltó y unas manos llenas de tierra aparecieron en el hueco. Ed empujó al profesor sin ninguna delicadeza y el hombre que le había ayudado desde el interior de la tumba se hizo cargo de von Lehmann.

La misión había terminado. El profesor podría regresar a los Estados Unidos y el plan, tan largamente calculado por la MVD, se había derrumbado.

Ed sacó dos bombas de mano y después de quitarles el seguro las lanzó contra los grupos de «vopos» que disparaban contra Rod. Una de ellas estalló detrás de tres policías y los empujó lucia adelante. La otra solamente hizo ruido y polvo.

Pero ya Ed había llegado hasta el lado de su amigo y le ayudaba a levantarse. Rod estaba mal herido, tenía varios balazos en el pecho y respiraba con dificultad.

—¡Lárgate... estúpido! —jadeó mientras luchaba por mantenerse en pie.

—Aguanta, falta poco —dijo Ed.

Una ráfaga le alcanzó en el hombro derecho y cayó hacia adelante. Se hallaba al borde de la tumba y aún tuvo fuerzas para arrastrar el cuerpo de Rod y empujarlo hacia el interior.

Después se arrojó él y sintió cómo unas manos lo arrastraban por la húmeda tierra. Durante unos segundos permaneció en la oscuridad, después volvió a ver el cielo y el contraído rostro de Newman.

—Bravo, Tucker —dijo solamente el inspector.

Los dos heridos fueron introducidos en el interior de una ambulancia mientras un hombre del

F. B. I.,
hacía volar el túnel para impedir que los «vopos» no pudiesen

usarlo.

—La gran aventura ha terminado —dijo solamente Newman cuando una nube de polvo se levantó sobre el muro de ladrillos.

Ni Edwin Tucker ni Dodney Kent murieron, aunque ambos quedaron en malas condiciones físicas. Ed tenía dificultades para mover el brazo derecho y Rod había quedado cojo.

Después de varios meses de permanencia en el hospital, Ed recibió una visita inesperada; Elke von Lehmann. La muchacha había llegado a los Estados Unidos unas horas antes. Había permanecido en una ciudad alemana hasta que quedó arreglado su permiso de residencia en los Estados Unidos... y su primera visita fue para Ed.

Éste observó que la muchacha había engordado y que ya tenía las libras de carne necesarias en los lugares adecuados... lo que la hacía mucho más bella.

—Vengo a buscar el beso que me debes, Ed —dijo la muchacha.

El agente del

F. B. I.,

se apresuró a dárselo... pero no como lo esperaba Elke. Fue un beso tan intenso, que Ed se olvidó por primera vez de los dolores que tenía en el brazo.

—Quiero aprender a vivir a tu lado, Ed. Solamente sé sufrir —susurró la muchacha hundiendo el rostro en el pecho del agente.

—¡Elke!... esto debo decirlo yo —exclamó Ed entre divertido y sorprendido.

—... pero no lo decías.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Rodney arrastrando la pierna... pero al ver el «trabajo» que tenían los dos jóvenes, la cerró nuevamente murmurando.

—No deja de ser un infanticidio. Veo a Ed ante el Jurado Federal.

... pero donde lo vio fue ante el altar.

FIN



9 COLECCIONES
CON LA MAS VARIADA GAMA
DE ARGUMENTOS Y TEMAS
LE OFRECE
EDITORIAL ROLLAN
TODAS LAS SEMANAS



OESTE

GANGSTERS

**PATRULLA
DE COMBATE**

COLECCION

FBI
Serie de novelas

**RURALES
TEXAS**

EXTRA-OESTE

FBI

**LA
COLECCION
SIN
RIVAL**

EDITORIAL ROLLAN

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
State pesetas

NOTAS

[1] «Sink», hundirse, irse a pique, en inglés. < <

[2] Burgess y Mac Lean desaparecieron misteriosamente de Londres el año 1951 y no se logró descubrir su rastro. Más tarde aparecieron en Moscú. Ambos se habían enterados de los planes defensivos de O. T. A. N.

< <